Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

NOVELA INEDITA

Lynn Merchang

Retorno a la Prehistoria



EDICIONES FORUM

Lynn Merchang
Retorno a la la Prehistoria

Lynn Merchang
Retorno a la Prehistoria

EDICIONES FORUM

1ª edición: febrero de 1985
Esta edición es propiedad de Editorial Delta S.A.
Paseo de Gracia 88, planta 5ª 08008 Barcelona

ISBN: 84-7598-064-8
Depósito Legal: B-2380-1985
Fotocomposición: Ungraf, S.A.
Pujadas, 77-79, 8.ª planta. 08005 Barcelona.
Impresión: T.G. Soler , S.A.
Enric Morera, 15. Esplugas (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España, febrero 1985

1

Al principio, Larry apenas poseía lo más indispensable para sobrevivir: alimentos, un depósito de agua potable y ropas.

En el profundo refugio donde vivió hasta los veinte años con otras personas de diversas edades, no había muchas diversiones. Así que, desde que tuvo uso de razón, Larry ocupó su forzado ocio jugando con unas herramientas, montando extraños carricoches y otros artilugios y construyendo motores de diversas clases, a partir de piezas desvencijadas que hallaba en los almacenes subterráneos.

Poco a poco, fueron desapareciendo sus forzados compañeros. La última en morir fue la anciana Sebley, a la que Larry solía llamar Mommy, aunque sabía perfectamente que aquella mujer no era su madre. En realidad, Larry no llegó a conocer a sus padres, ni le importó demasiado.

A los veinte años, se convirtió en un solitario. Forzoso, desde luego. Él amaba la compañía humana, pero los otros eran más viejos o más débiles, y fueron abandonándole a medida que él crecía y se fortalecía.

Larry, era muy fuerte. Desde la infancia, había sentido predilección por el ejercicio físico, que suponía una válvula de escape a la tensión del encierro y al aburrimiento.

Muy recientemente, había encontrado un grueso librote en la bolsa de lona que contenía los enseres de uno de sus semejantes muertos. Larry no sabía leer, pero interpretó sin dificultad los dibujos, bocetos y planos que cubrían las páginas.

Las ilustraciones mostraban toda suerte de máquinas, mecanismos y piezas metálicas. Larry conocía muy bien aquellos diseños, pues trabajaba constantemente con artilugios semejantes, aunque en la mayoría de los casos ignorase su utilidad.

Pero el libro -sus dibujos- le sirvieron notablemente a la hora de comprender el significado de los diversos elementos mecánicos. Fiándose por sus explicaciones gráficas, desmontó un motor eléctrico averiado y no descansó hasta ponerlo a punto. Algunos días después de la muerte de la anciana Mommy Sebley, se hicieron las tinieblas. La luz huyó repentinamente. ¿Qué había ocurrido?

El combustible que hacía funcionar el electro generador se había consumido. La última persona encargada de alimentarlo era la vieja Sebley. Y ahora ella

estaba muerta.

A ciegas, Larry ascendió hasta la planta en la que se hallaba el electro generador. Conocía tan bien el entorno subterráneo, que ni una sola vez tropezó en las tinieblas. A tientas, pues, tomó varios depósitos de combustible y llenó el tanque de la máquina productora de energía eléctrica.

El motor a gasóleo tardó varios minutos en arrancar. Larry daba vueltas y más vueltas a la gruesa manivela, hasta que, súbitamente, todo se inundó de luz otra vez.

Larry se sintió embargado por un sentimiento de satisfacción, de legítimo orgullo. ¡Él podía alejar las tinieblas!

A partir de aquel momento anotó mentalmente la duración del combustible del electro generador.

No le gustaban las tinieblas, aunque sabía moverse bien en la oscuridad. Sobre todo, necesitaba luz para continuar sus montajes y experimentos, ahora que contaba con una guía inestimable: la gruesa enciclopedia que versaba sobre Mecánica y Electricidad.

A veces, cuando regresaba del almacén en el que se amontonaban cantidades ingentes de provisiones y agua, Larry se detenía al cruzar ante la puerta metálica que cerraba aquella estancia a la que sus semejantes llamaban siempre «Dormitorio».

Uno por uno, habían ido a refugiarse en aquel lugar cuando comprendieron que se acercaba la muerte.

-¡Dormitorio! -mascullaba el joven, irritado-. ¿Por qué quieren dormir para siempre?

Un día sintió la acuciante necesidad de penetrar en el «Dormitorio». La puerta cerraba herméticamente, pero sólo había que descorrer el brillante cerrojo de acero para tener vía libre.

Una vaharada de aire enrarecido le golpeó el rostro.

Unos cuarenta cuerpos inmóviles formaban dos hileras a uno y otro costado de la estancia. Larry fue reconociendo aquellos rostros, aquellos cuerpos momificados, aunque a algunos se les habían caído los cabellos y mostraban vacías las cuencas de sus ojos.

La luz fuerte y descarnada de los tubos de neón arrojaba sus chorros pálidos

sobre las quietas figuras hieráticas. Todos guardaban, aproximadamente, la misma postura: recostados en los muros, caídos los brazos a lo largo del cuerpo, inclinadas las cabezas sobre el pecho.

-¿Por qué queréis dormir para siempre? ¡Es estúpido! -les increpó.

Pero ninguna de aquellas figuras inmóviles le respondió.

Larry explotó en un sollozo.

¿Qué debía hacer, ahora que estaba solo? ¿Venir a dormir para siempre junto a las personas que había conocido desde que tuvo uso de razón?

Suspirando y meditando pasó largo rato.

-Ellos no comen, ni beben, ni trabajan... Ni si-quieran orinan ni defecan. ¿Es eso lo que yo debo hacer? -pronunció en voz alta, sin perder de vista las demacradas facciones de Mommy Sebley.

Pasaron las horas.

Larry sentía la mordedura del hambre y la sed en su estómago. Era el instinto, que le avisaba sin palabras: «Aún no ha llegado la hora de que duermas para siempre, Larry».

Se alzó del suelo y abandonó el dormitorio. Nunca volvió a penetrar en aquella estancia durante el tiempo que aún permaneció en las profundidades. Un momento después saciaba su hambre y su sed con toda la ansiedad de un hombre joven, fuerte y sano.

-Es mejor comer, beber y trabajar que descansar eternamente -pronunció al comprobar que recuperaba las energías con el alimento.

Trabajó denodadamente en el desmontaje de una carretilla hidráulica polvorienta y oxidada. Aquel modelo estaba perfectamente representado, pieza por pieza, en su libro. Larry ignoraba la utilidad de aquella máquina, pero cuando conectaba los terminales del acumulador, movió accidentalmente una palanca y el vehículo se puso en movimiento.

Asustado y dominado por el estupor, Larry no sabía qué hacer para detener el diabólico artilugio. Por lo demás, la carretilla, aunque a pequeña velocidad, rodaba rectamente a estrellarse contra el muro frontero.

En un rapto de intuición, el joven movió la misma palanca que había tocado por accidente. ¡El vehículo se detuvo!

Larry se apeó inmediatamente y contempló la máquina desde cierta distancia. Luego tomó su libro y observó durante largo rato los dibujos explicativos.

Al cabo de unos días conducía fácilmente la carretilla a lo largo de los solitarios corredores. Descubrió que el vehículo podía cargar grandes pesos, lo que le sorprendió considerablemente. A veces, cuando quería trasladar algún artefacto pesado, utilizaba la carretilla, pero sobre todo el vehículo le servía de juego y esparcimiento.

Sin embargo, Larry se sentía cada día más solo, terriblemente solo.

Nunca había llegado hasta arriba.

Las personas que habían convivido con Larry en el refugio subterráneo, le habían imbuido la idea: acercarse a la cabina metálica colgada de un grueso cable, era peligroso. Ascender a la última planta superior, era mucho más peligroso. *Tabú.*

Pero ya no quedaba nadie que pudiera advertirle o prohibirle, y Larry se sentía dominado por la inquietud y la soledad. Debía explorar, investigar, estudiar, comprobar si existía algo más allá del limitado recinto del refugio subterráneo.

Muchas veces se había preguntado de dónde venían los alimentos enlatados que se amontonaban en el almacén.

La cabina del ascensor siempre le había atraído irresistiblemente. ¿Para qué servía aquel compartimento de hierro y cristal que colgaba de un fuerte cable de acero?

-Debe tener alguna función, pero ¿cuál? ¡Jamás lo vi moverse!

Rechazó la tentación de abrir la puerta y curiosear en su interior, tocar los botones insertados en el metal. Podía resultar peligroso. Optó por ascender por la ancha escalera. Allá arriba no había luz, pero Larry fue dando a los interruptores que encontraba a su paso.

Los peldaños terminaban bruscamente tras ascender cinco plantas. Decepcionado, Larry comprobó que el camino quedaba cortado allí por un sólido techo forrado de un metal tan blando que podía rayarse con la uña.

-Plomo -murmuró Larry, desconcertado.

De algún lugar cercano, llegaba a sus oídos un zumbido monocorde. Larry caminó a lo largo de un pasillo situado a la izquierda. Un fuerte soplo de aire

fresco acarició su rostro. Encendió otra luz y contempló, ensimismado, el gran aparato instalado al fondo. Lo reconoció inmediatamente: había visto máquinas semejantes en las páginas de su enciclopedia.

-¿Para qué servirá?

A través de una rejilla de cuatro metros de extensión, brotaba el aire fresco y limpio. De la parte superior de la máquina partía un tubo metálico de un metro de grosor, que desaparecía en el techo.

Larry era inteligente e intuitivo. Inmediatamente estableció que aquel aparato servía para abastecer de aire fresco y puro las instalaciones subterráneas. Pero..., ¿de dónde provenía el aire?

Observó nuevamente el techo. Allí terminaban los peldaños... ¿Por qué? En el refugio, existían otras escaleras, aunque más cortas y estrechas. Pero éstas tenían un principio y un fin. Servían para descender de una estancia a otra. Y ésta...

Vio el interruptor eléctrico adosado al muro de hormigón y se acercó cauteloso. De repente, en un rapto de decisión, apretó el botón verde.

Se produjo una conmoción en el techo forrado de plomo, se oyó el zumbido de un motor alojado en algún lugar próximo y... el techo se movió y comenzó a ascender.

Larry se dejó caer al suelo, aterrado, protegiendo su cráneo con ambas manos. Una lluvia de cascotes, polvo y hierbajos cayó sobre su cuerpo.

Permaneció inmóvil varios minutos, jadeante y dominado por el temor. Poco a poco, Larry fue recuperando la serenidad. Abrió los ojos lentamente. La luz que penetraba a través de la abertura superior era tan fuerte que se sintió cegado. Luego, probó de mirar de nuevo y quedó asombrado.

Veía un rectángulo luminoso de un intenso color azul. En los bordes colgaban altos hierbajos agostados.

Larry se incorporó. La luz que provenía de la escalera era mortecina y pobre, comparada con el chorro esplendente que penetraba a través del boquete. El techo se había alzado y permanecía en posición vertical, a su espalda. Larry volvió al interruptor eléctrico y apretó el botón rojo. Al momento, el techo descendió lentamente y quedó alojado en su marco de hormigón.

-¡Maravilloso! -exclamó Larry-. Ahora ya sé que la escalera conduce a alguna parte. ¿Qué habrá ahí, fuera?

El corazón latía con fuerza en su pecho. ¿No había subido para buscar nuevos horizontes? ¡Pues adelante!

Pulsó el botón verde y el techotrampilla ascendió.

Larry subió despacio los últimos peldaños y miró. Quedó extasiado. Frondosos árboles salpicaban una pradera verde, en la que crecían también arbustos y un alto yerbazal. Un melódico gorjeo se oyó entre las frondas.

-¡Y me advertían que era peligroso llegar al final de la escalera! -exclamó, absorto en la contemplación del verde paisaje jamás contemplado por sus ojos-. ¡Hay más, mucho más que el limitado recinto donde he vivido hasta ahora!

Sin meditar, Larry puso ambas manos en el marco de hormigón y saltó a la libertad. Caminó con precaución entre las altas hierbas y se detuvo, asustado, cuando algo diminuto y zumbador -un abejorro- voló alrededor de él y le rozó la frente con sus alas. El bicho se alejó raudo y Larry le siguió, extasiado, con la mirada.

Llegó hasta el límite de los árboles. Sobre una colina próxima se veían las ruinas de una casa aislada. Larry se sintió inmediatamente atraído por aquel montículo de cascotes situado a unos trescientos metros. Sin que mediase en ello su voluntad, salió de entre los árboles y caminó hacia la colina.

De pronto, un estrépito metálico le obligó a detenerse. *¡Pam-pam-pam-pam!* El ruido era idéntico al que Larry producía cuando golpeaba con un martillo una pieza de hierro.

Los golpes continuaban. Pero *¿quién los producía?*

Dudó entre volverse o continuar. Al fin, decidió avanzar con cautela.

Ascendió la cuesta. Un camino de gravilla ondulaba hacia la cima de la colina.

Los golpes sonaban ahora mucho más próximos. Larry se dejó caer al suelo y avanzó despacio entre los escombros.

A la derecha, en la pendiente que descendía suavemente hacia un llano dilatado, había unas insólitas máquinas provistas con dos ruedas neumáticas, más grandes que las de la carretilla. Un sonido rítmico y chirriante resonó próximo. Los golpes habían cesado. El rumor que Larry podía oír era el de una sierra de metales.

Asomó por encima de un gran pedazo de muro de ladrillo y miró.

Cinco seres semejantes a él, aunque barbudos y desgreñados, vestidos con viejas cazadoras de cuero y estrechos pantalones de algodón, se afanaban alrededor de un ancho tubo que emergía poco más de un metro del suelo.

-Un respiradero como el de mi refugio -pensó Larry-. Pero ¿qué hacen esos..., esos hombres?

Los desconocidos parecían empeñados en cortar el acero del conducto perforado. Dos de ellos manejaban con brío una larga y resistente sierra para cortar metales, pero el metal debía de ser muy grueso y los hombres sudaban y gruñían sordamente, bajo el fuerte sol.

A Larry le disgustó instintivamente el aspecto de aquellos sujetos que calzaban toscas botas de cuero sin curtir y protegían sus codos y sus rodillas con extrañas piezas de plástico. ¿Qué era aquello que colgaba de sus cinturones?

Larry nunca había visto un arma de fuego, una pistola, pero si había manejado cuchillos. Los desconocidos iban armados con pistolas y largos machetes envainados en fundas de lona descolorida.

El instinto le dijo que debía apartarse de allí y volver inmediatamente al refugio, pero la curiosidad pudo más, de modo que aún permaneció allí largo rato, observando los denodados esfuerzos de aquellos hombres por cortar el tubo de aireación. ¿Qué pensaban obtener con ello? Si aquel conducto correspondía a un acondicionador de aire situado bajo el suelo, habría que suponer que debajo de las ruinas existía un refugio subterráneo.

Los desconocidos se turnaban en el manejo de la sierra. Los tres restantes sacaron de una bolsa de lona un fino cable de acero, lo ataron al extremo del respiradero y tiraron con todas sus fuerzas, al unísono. Crujió el metal, que se desgajó unos centímetros. El conducto tenía más de un centímetro de grosor y se resistía a romperse. Pero la sierra cortaba y cortaba y tres hombres robustos halaban como energúmenos.

Súbitamente el tubo se partió y los tres hombres que tiraban rodaron por el suelo. El incidente fue celebrado con gran júbilo por los otros dos.

-Hu, hu, huf-reían, señalando a sus camaradas caídos, los cuales se incorporaron en el acto y se acercaron a la boca del conducto con ansiedad.

Uno de ellos pasó una pierna por encima de las cortantes aristas y se introdujo en el conducto, mientras los demás le rodeaban con expectación.

Fue en aquel momento cuando un tábano se posó en la mano izquierda de Larry, que exhaló una exclamación de sorpresa al sentir el lancetazo del insecto en su piel.

Los cuatro hombres se volvieron instantáneamente y descubrieron a Larry. Los greñudos sujetos demostraban un asombro sin límites ante la presencia del intruso.

-¡Hu, hu! -gruñó uno de ellos, señalando con un brazo extendido al visitante.

Dos hombres sacaron sus cuchillos de las fundas y caminaron hacia Larry, mientras otros dos rodeaban los escombros y el quinto sujeto, de un ágil salto brotaba de la boca de aireación.

Larry dio un salto y corrió con todas sus fuerzas de bloque en bloque. Un horrísono zumbido a su espalda, le obligó a mirar atrás cuando galopaba como un gamo, pendiente abajo.

Dos de los hombres montaban las máquinas de dos ruedas que producían un ruido estrepitoso y arrojaban por un tubo posterior unas columnas de humo azulado. Venían en pos de él, le perseguían. Para Larry estaba claro que aquellos semejantes no albergaban buenas intenciones. ¿Por qué, si no, habían sacado los afilados cuchillos?

Siguió corriendo, ansioso por alcanzar la segura protección del refugio subterráneo. Detrás de él zumbó el escape de una motocicleta. Larry se volvió y un golpe en pleno rostro le envió rodado sobre la hierba.

Sangraba por la nariz cuando, por su propio impulso, se alzó y siguió corriendo. Uno de sus perseguidores se acercaba ya a gran velocidad, mientras el otro evolucionaba con su máquina rodante entre los árboles.

El hombre que se acercaba tenía un cuchillo entre los dientes. Cuando Larry alcanzaba el bosque aquel individuo aferró el cuchillo con su mano derecha y lo lanzó con fuerza. La afilada punta se hundió profundamente en el tronco de un árbol, a cinco centímetros del cuello de Larry.

El miedo puso alas en sus pies. Corrió y corrió, mientras los horrísonos zumbidos de las motos restallaban entre los árboles. De repente, un pie se le enredó en una rama caída y Larry rodó vertiginosamente por el suelo. Giraba todavía, cuando escuchó aquel fuerte estampido. Una bala se hundió en la hierba, muy cerca de él.

La boca del refugio estaba a unos metros. Ansioso de salvar su vida, siguió rodando y cayó sobre los peldaños de la escalera.

Aunque dolorido y jadeante, se alzó de un brinco y apretó el botón rojo del interruptor. La gruesa losa de hormigón que cerraba la abertura descendió. A punto de encajarse en su marco, Larry vio cruzar por encima al nombre que conducía una de las motocicletas. Luego la losa cayó pesadamente y el peligro quedó fuera.

2

A partir de aquella peripecia, Larry extrajo una conclusión: el mundo exterior era maravilloso, pero también peligroso.

Existían otros seres fuera del refugio, bajo la luz del astro esplendente que no necesitaba un motor para alumbrar con generosidad. ¿Por qué aquellos individuos de aspecto feroz le habían perseguido a muerte?

Mas no se dejó arrastrar por el abatimiento ni por el temor, pensó:

-Ellos poseen armas y son agresivos. Yo también debo disponer de algo, algún arma con que defenderme.

En el refugio existía un pequeño y bien provisto taller, que raras veces había sido utilizado por nadie, excepto por Larry. Había allí máquinas idénticas a las que aparecían en su enciclopedia: una taladradora, un torno, una fresadora... Pero ¿funcionarían aquellas máquinas, sabría utilizarlas Larry? Cortó una barra de tetracero de centímetro y medio de grosor y afiló uno de sus extremos en la muela de esmeril. El resultado fue una especie de lanza de metro y medio de longitud, cuyos filos eran tan finos que Larry se cortó la yema del pulgar, al comprobar el corte.

Se sentía satisfecho de su obra, pero también inseguro. Los hostiles individuos que sólo podían comunicarse entre sí con gruñidos, *sabían* que Larry se había ocultado en su refugio subterráneo. ¿No intentarían cortar el tubo de aireación?

Larry desconectó el motor del acondicionador de aire. Y al momento escuchó los golpes y el chirrido de la sierra de metales. ¡Estaban intentando entrar!

Por supuesto, el peligro no estaba próximo. En cada rellano de escalera había una puerta blindada, que podía cerrarse herméticamente desde dentro. A los feroces humanos les sería muy difícil llegar hasta él, pero Larry no podría vivir tranquilo sabiendo que ellos estaban arriba, decididos a apresarle.

Pero ¿por qué aquel odio? Si eran hombres, semejantes a él ¿por qué le habían perseguido a muerte?

Larry no podía responder a tales cuestiones, pero de una cosa estaba seguro: defendería su vida.

Tomó unas raciones de alimentos y un recipiente de agua y montó guardia

junto al acondicionador de aire. Al llegar la noche, los golpes y chirridos cesaron. Larry se dejó vencer por el sueño.

Debían ser las ocho de la mañana, cuando Larry despertó despavorido al escuchar una estruendosa explosión que conmovió los gruesos muros de hormigón.

Por supuesto, él no conocía los explosivos ni su destructor efecto, pero sí advirtió que el motor del acondicionador se detenía. La deflagración lo había destrozado.

Escuchó claramente aquellos «Hu, hu, hu» animalescos y comprendió que alguno de sus enemigos había conseguido penetrar en el conducto de aireación.

Tuvo una súbita inspiración: arrancó a tirones los cables de la corriente trifásica que alimentaban el acondicionador y aplicó sus desnudos extremos al tubo de aireación.

Surgió un fuerte chisporroteo azulado. Arriba se oyó un alarido agónico. Después volvió el silencio.

Durante dos días, la calma fue absoluta. Al cabo, Larry volvió a oír los gruñidos que llegaban de arriba. Alguien rozaba el metal.

Larry tomó los cables y los conectó al conducto del acondicionador. Se oyeron nuevos alaridos. Después, silencio.

Pasaron los días. A través de la rejilla de acero del acondicionador llegaba un insoportable hedor. Evidentemente, varios de los feroces salteadores habían resultado electrocutados dentro del respiradero y sus cadáveres se habían corrompido. Por otra parte, Larry no volvió a oír golpes ni gruñidos, lo que le devolvió la tranquilidad.

Decidió echar una ojeada al exterior, aunque con precaución.

Alzó un poco la losa-trampilla y detuvo el mecanismo. A través de la abertura, dirigió una mirada recelosa alrededor.

Vio un cadáver junto al tubo de aireación, al que le faltaba la parte superior. Los insectos zumbaban alrededor y un vivo hedor flotaba en el ambiente.

Larry aplastó su vientre en el borde de la abertura y salió. No había nadie a la vista.

Dentro del tubo cortado, vio otros dos cadáveres. Sus rostros tenían un color negruzco muy desagradable.

Aunque la tarea le resultó penosa, sacó los dos cuerpos del conducto. Uno a uno, arrastró los tres cadáveres lejos de allí. No les dio sepultura: Larry lo ignoraba todo acerca de los ritos de la muerte.

Sentía una viva ansiedad por explorar nuevamente el entorno, pero el encuentro con los hombres que gruñían «¡Hu, hu!» le había dejado un recuerdo imborrable. Debía reflexionar con calma. Un hecho que le irritaba profundamente era el siguiente: si salía a explorar, debía dejar abierta la losa-trampilla de su refugio. ¿Qué hacer para evitar que algún intruso penetrase allí en su ausencia? La solución acudió en el acto: utilizar el conducto de aireación para entrar y salir. Vaciaría la caja del acondicionador, construiría una escala resistente y utilizaría el tubo como vía de urgencia.

Bajó la losa de hormigón y trabajó sin descanso en el taller para fabricar la escala. Al día siguiente salió de exploración armado de su lanza y llevando algunas provisiones.

Antes, no obstante, tomó una precaución mínima que podía convertirse en trampa mortal: conectó un conductor eléctrico al conducto y trepó por el tubo hasta el exterior llevando otro cable conductor de electricidad. El hilo de aluminio carecía de recubrimiento aislante en su extremo. Lo dejó en tierra, aunque a un palmo del respiradero metálico.

-Si vuelven, es posible que pisen ese cable o lo tomen en sus manos. Y así...

Se alejó a buen paso, procurando evitar la proximidad de la colina donde había tenido lugar su encuentro con los salvajes motorizados. Atravesó un matorral y se maravilló al encontrarse ante un camino ancho, plano y liso, de color gris, que se alejaba rectamente hacia..., ¿hacia dónde?

Todo cuando veía le maravillaba. Bajo unos árboles frondosos halló una extraña máquina de hierro. ¿Un vehículo? Sus planchas de acero eran gruesas y oxidadas. En ambos costados se veían unas ruedas metálicas, que rodeaba una fuerte banda articulada. Por encima de las orugas, una cabina acristalada.

Larry se alzó de un salto sobre una banda y miró a través de los cristales. Seis esqueletos mondos le miraron a través de sus cuencas vacías.

-Duermen para siempre -pronunció Larry, sin impresionarse en absoluto.

Estuvo largos minutos observando aquel raro artefacto.

Tiró con fuerza de la sólida puerta de la cabina, y ésta cedió con un chirrido. Larry apartó sin el menor escrúpulo el cadáver que ocupaba el asiento inmediato y consultó el tablero de instrumentos.

Palpó aquí y tocó allá los mandos de la máquina, pero no se produjo la menor reacción. Bajó y rodeó el vehículo. Familiarizado con la mecánica, Larry alzó una tapa en la parte posterior y descubrió el potente motor. Parecía intacto. ¿Por qué no se movía? La batería de acumuladores se veía tan vieja y sulfatada como la que cambiara a la carretilla elevadora. Tal vez fuera aquella la causa de la inmovilidad del vehículo sobre orugas.

Una idea rondó su mente: volver al refugio y traer una batería nueva y bien cargada. Pero la desechó por el momento. Prefería continuar caminando y llegar a la inmensa extensión de ruinas.

Tardó mucho -unas dos horas- en llegar a la ciudad arrasada. Centenares, miles de vehículos de todas clases y tamaños aparecían volcados en las solitarias calles o atrapados bajo montañas de escombros. También abundaban los esqueletos dentro de los edificios agrietados y calcinados. No había vestigios de vida en todo lo que abarcaba su vista, sino desolación y silencio.

El tiempo transcurrió para Larry sin dejarse sentir. Llegó el atardecer y él continuaba curioseando entre los escombros. En una casa parcialmente derruida, encontró algo que le recordó las desconocidas armas que los salteadores barbudos llevaban colgando de su cinturón, aunque la que Larry miraba y remiraba en sus manos era más larga y pesada. No se atrevió a manipularla, pues aún recordaba el estampido que sonó poco antes de que un cuerpo silbante y contundente -una bala blindada-se enterrase en la hierba muy cerca de él. Con precaución, la colgó de su hombro y siguió adelante. Al atardecer, se rompió el silencio súbitamente. Se hallaba entonces en la cuarta planta de un edificio ruinoso, cuando estalló el estrépito.

Larry se asomó al hueco de una ventana sin cristales. Por encima de las montañas de escombros saltaban varias máquinas infernales sobre dos ruedas. Otro vehículo de color marrón y sin techo, que rebotaba espectacularmente sobre las ruinas les seguía. Larry experimentó un miedo cerval. ¡Los que conducían las ruidosas motocicletas eran criaturas idénticas a las que le habían atacado días atrás!...

Los barbudos frenaron espectacularmente sus máquinas en lo alto de un montículo. Los horrísonos petardeos cesaron en el acto. El vehículo sobre cuatro ruedas que les seguía, apareció volando materialmente sobre el desmonte y se detuvo junto a los individuos motorizados.

Bajó un hombre corpulento, que se movía pesadamente. Su cráneo totalmente

calvo brillaba a los últimos rayos del sol poniente.

-¡Vamos, muchachos, moveos! -gritó. Y tomó un brazado de herramientas de la parte posterior del «jeep» que arrojó al suelo.

-¡Hu, hu! -gruñeron los barbudos.

-¿Qué has dicho, Hans? -se encolerizó el gigante-, Una palabra más y te envío al infierno. ¡Vamos, coged los picos y las palas y cavad! Al que se le ocurra desobedecer las órdenes de «Papá» Jones, le arrastraré con mi *«jeep»* hasta arrancarle el pellejo.

Alzó la metralleta que empuñaba y apretó el gatillo. Los disparos rapidísimos atronaron la quietud. A poca distancia de los pies de los barbudos, que permanecían pasivamente formando un semicírculo, brotaron surtidores de arena y residuos.

Aunque con evidente desgana, los barbudos tomaron las herramientas y se alejaron en distintas direcciones.

A veinte metros de altura, Larry les vio empuñar picos y palas y cavar arduamente entre los escombros.

Entre tanto, ¿qué hacía el jefe? «Papá» Jones se había recostado en su *«jeep»* y les vigilaba, arma en mano. De cuando en cuando tomaba una botella que tenía al alcance de la mano y bebía largos tragos de un líquido de color ambarino.

Anocheció.

Larry permanecía inmóvil, asomado apenas a la ventana. No se atrevía a moverse. Temía que aquellos salvajes irían por él si le veían.

Una desconocida luminosidad lechosa apareció en el firmamento. Pasmado de asombro, Larry vio aparecer el disco de plata en el cielo.

-Un astro ilumina la tierra de día; otro lo releva al llegar la noche -observó maravillado.

Los hombres de «Papá» Jones acababan de encontrar algo. El suelo había cedido bajo los pies de uno de los barbudos, que desapareció como tragado por la tierra, al tiempo que lanzaba un grito de espanto y sorpresa.

Acudieron los otros y rodearon el boquete. También se acercó aquel gigante llamado «Papá» Jones, siempre con su metralleta colgando de la mano

izquierda y la botella en la derecha.

-¿Qué habéis encontrado? ¡Apartaos! -bramó, repartiendo codazos entre los que le rodeaban-. Ah, ya veo: Budd ha caído y se ha roto las dos piernas. ¡Ea, bajad vosotros, Clement, Víctor, Eamon!

Tres hombres descendieron por su cuerda. A los pocos minutos, arrojaban al exterior puñados de objetos que Larry identificó fácilmente como latas de conserva. Cuando hubieron reunido un gran montón de provisiones, ascendieron con ellos a otro de sus congéneres, que se dejó caer al suelo lanzando bramidos de dolor.

-Duele, ¿eh, Budd? -exclamó irónicamente «Papá» Jones-. Siempre fuiste un muchacho atolondrado, fogoso e imprudente. Yo sabía que algún día te romperías la cabeza. Bueno -lanzó una áspera carcajada-, no ha sido la cabeza, sino las piernas. Y así, tullido, no sirves para nada a «Papá» Jones.

Fríamente, alzó la metralleta y encañonó al hombre caído en tierra. Budd, aterrado, alzó ambas manos en gesto de súplica y produjo un gorgoteo inarticulado.

-No, Budd. «Papá» Jones no puede sentir piedad de los estúpidos como tú. Será mejor para ti: te ahorraré sufrimientos.

Restallaron los disparos en la noche. Budd se encogió sobre sí mismo al recibir los balazos y al momento quedó inmóvil.

-Ea, tapad ese boquete, cargad el botín en el *jeep* y larguémonos de aquí -ordenó Jones.

Ocho hombres greñudos le miraron en silencio. Hubo un momento de tensión.

-Obedeced o empuñaré la fusta -gruñó «Papá» Jones sordamente.

Sumisos, sus salvajes pupilos arrastraron una losa de hormigón tomada de los montones de escombros y taparon el boquete. Jones se acercó y trazó una cruz con un pedazo de carbón.

Luego los hombres tomaron brazadas de botes de conservas y botellas y cargaron *el jeep.*

-¡En marcha! -gritó el calvo con su recio vozarrón.

Los barbudos montaron sus motos, arrancaron los motores a pedalazos, aceleraron hasta formar un ensordecedor estrépito y se lanzaron tras *el jeep*

que conducía «Papá» Jones.

Pocos minutos después, aquella zona volvía a la calma. Detrás de la pandilla de vándalos quedaba una motocicleta tirada en el suelo y el cadáver de un hombre, que se desangraba lentamente sobre los detritus.

Larry dejó escapar un suspiro.

Ahora entendía el desmesurado interés de aquellos seres en franquear el acceso a un refugio subterráneo: buscaban alimentos con los que subsistir.

-¿Dónde tendrán su refugio? -se preguntó Larry.

Comió un poco, bebió un sorbo de agua, se tendió en el suelo y se quedó dormido.

Le despertaron, a la mañana siguiente, los fuertes rayos del sol naciente que penetraban por la ventana.

De pronto, recordó el incidente de la noche anterior y se asomó, cauto, a la ventana. No había nadie en todo cuanto abarcaba su vista. Abajo, en el desmonte, los tábanos y las moscas se posaban sobre el cadáver de Budd. A pocos pasos de allí estaba su motocicleta.

Larry descendió con precaución por una destrozada escalera a la que faltaban varios peldaños. Fuera, observó con atención las montañas de escombros. No advirtió señal alguna de peligro, por lo que saltó por encima de los bloques de hormigón desgajados y se inclinó sobre el cadáver del hombre al que «Papá» Jones había llamado Budd.

Le despojó del cinturón del que colgaban una pistola de grueso calibre y un cuchillo bien afilado. El cinturón pesaba mucho, pues estaba lleno de balas, aunque Larry ignorase la utilidad de aquellos pequeños cilindros de color dorado.

Liberó también a Budd de una especie de macuto que llevaba a la espalda. Luego guardó en éste el cinturón, la pistola y el cuchillo. Tal vez aquellos utensilios, (excepto, quizá, el cuchillo) no le servirían de mucho, pero Larry era un investigador nato, deseoso de conocer cuanto le rodeaba en el mundo nuevo que acababa de descubrir.

Miró la moto. La tentación era irresistible. ¿Sabría ponerla en marcha, montar en ella, conducirla?

Con el macuto a la espalda, la lanza colgada del hombro izquierdo y la

metralleta en el derecho, Larry se inclinó y levantó la motocicleta. Recordó los movimientos que había visto hacer a los greñudos de «Papá» Jones: había que mantenerla sujeta por los extremos del manillar, sacar el pedal de arranque, apoyar el pie y bajarlo con fuerza; después era preciso girar el puño de la parte derecha del manillar.

-Veamos -murmuró, en actitud de profunda concentración.

Realizó mentalmente cada uno de aquellos movimientos y enseguida los repitió realmente. El primer pedalazo resultó decepcionante: no ocurrió nada. Pero Larry era constante e insistió una y otra vez. Y al fin, el motor de la máquina zumbó con fuerza.

Montado y afianzado, movió ligeramente el puño del acelerador. La máquina comenzó a moverse un poco, pero Larry debía sostenerse con los pies en tierra, que llevaba arrastrando. Poco a poco, la moto se estabilizó y Larry se esforzó en conservar el equilibrio. El viento acariciaba su rostro y alborotaba sus abundantes cabellos rubios.

El vértigo de la velocidad se iba apoderando de él. Apretó un poco más el acelerador y el motor respondió, brioso.

Pronto, la ciudad derruida quedó atrás y Larry condujo la moto por el terreno más llano y despejado. No corría mucho, pero a él se le antojaba una velocidad de vértigo.

Media hora más tarde se detenía en el bosqueci-11o próximo a su refugio. Ocultó la motocicleta entre los matorrales, atisbo a su alrededor y se aproximó al respiradero con precaución. El cable eléctrico seguía en el mismo lugar que lo había dejado. Envolvió el metal desnudo en un pedazo de plástico y descendió por la escala, cargado con su precioso botín.

No se tomó ni un minuto de descanso. Abajo, en la estancia que le servía de habitáculo, Larry examinó con detenimiento la metralleta, la pistola y el cinturón-canana.

Sentía un temor supersticioso por aquellos artilugios, que tocaba con mil precauciones. La noche anterior había visto cómo «Papá» Jones empuñaba la metralleta. Hizo otro tanto, introdujo un dedo en el guardamonte y oprimió el gatillo...

El estrépito ensordecedor del disparo le asustó tanto que Larry cayó al suelo y soltó el arma como si quemase sus manos.

-Ahora ya sé qué es lo que no debo tocar -razonó. Y volvió a tomar en sus

manos la metralleta, aunque procurando que el cañón no apuntase a su propio cuerpo.

Un momento después extraía el cargador. Sacó sin dificultad las balas alojadas en él y las comparó con las del cinturón de Budd: eran idénticas.

No era necesario saber más: Larry intuía que eran aquellos pequeños cilindros metálicos los que habían matado a Budd.

«Ahora tengo un arma poderosa con que defenderme», -pensó-. «Si vuelvo a encontrarme con los salvajes barbudos, no estaré en inferioridad de condiciones».

Una idea excitaba su mente: apoderarse del vehículo sobre orugas que había encontrado a cierta distancia de la ciudad arrasada.

En el almacén había más de un centenar de baterías nuevas, algunas de ellas cargadas.

Pensado y hecho: poco después Larry volvía a la superficie cargado con una pesada batería. Tuvo que descender otra vez para coger un equipo de herramientas y su preciosa ametralladora.

Atada la batería con resistente alambre y cargada la metralleta al hombro, Larry arrancó el motor de la máquina y se alejó despacio hacia el norte.

El vehículo sobre orugas permanecía en el mismo lugar.

Muy excitado, Larry desató la batería, la dejó en el suelo y levantó la tapa del motor del vehículo. Diestramente aflojó las tuercas de los bornes, extrajo la vieja batería y colocó la nueva.

Subió a la cabina, sin dirigir una mirada a los seis cadáveres enfundados en polvorientos uniformes verdes. Observó atentamente el panel de instrumentos durante un minuto. Luego, decidido, giró la llave insertada en el panel.

Las luces de los testigos brillaron en el tablero. Simultáneamente, el motor de arranque comenzó a girar, primero lenta y quejumbrosamente; después con mayor empuje y revoluciones. Súbitamente, el vehículo vibró: el motor diesel rugía, poderoso, en la parte posterior.

Larry exhaló un grito de júbilo. ¡Ahora poseía un verdadero vehículo!

Pero, ¿cómo conducirlo? Larry se mordió los labios, profundamente concentrado.

Más de una hora de ensayos, al cabo de los cuales, Larry pisó el embrague, movió la pequeña palanca de cambios del panel de instrumentos. Decepcionado, soltó el embrague y..., ¡el auto oruga se movió!

Al atardecer, Larry volvió a su refugio conduciendo alegremente el enorme vehículo. Había arrasado el bosquecillo a trompicones, pero había logrado dominar el monstruo de acero.

El día siguiente lo dedicó por entero a repasar y limpiar el motor del auto oruga.

Cuando tuvo todo a punto, curioseó dentro del auto oruga. Con gran sorpresa, encontró un folleto de instrucciones en un compartimento bajo el panel de instrumentos. Como era analfabeto, no pudo leer el texto, pero sí interpretar correctamente los dibujos y diagramas explicativos, con lo cual completó su conocimiento del vehículo.

Esa tarde se disponía a volver al refugio, tras enmascarar su magnífico auto-oruga con ramas en lo más profundo del bosquecillo. En aquel instante escuchó un zumbido lejano, que fue aproximándose rápidamente.

En una corta carrera, Larry llegó al borde del bosque. Oculto tras un tronco, vio pasar por el llano a los ocho barbudos que escoltaban el *jeep* de «Papá» Jones.

¿Hacia dónde iban? Probablemente, se dirigían a la ciudad destruida para abastecerse de provisiones.

Larry sintió una gran excitación. Ahora estaba en situación de plantar cara a aquellos forajidos que habían intentado asesinarle.

Volvió veloz junto al auto-oruga, subió y puso en marcha el motor. Un momento después el vehículo se deslizaba a buena velocidad en pos de la pandilla de salteadores.

A pesar de que aquellos individuos habían estado a punto de matarle, Larry no sentía rencor hacia ellos. El sentimiento que le impulsaba a seguirles era más positivo: la curiosidad, la necesidad de relacionarse con otros seres humanos. Decidió no mostrarse hostil. Aceleró. El vehículo sobre orugas aumentó su velocidad, cabeceando con seguridad por encima de los accidentes del terreno.

El hombre calvo que conducía *el jeep* escuchó el estrepito del motor del auto oruga, a pesar de que le rodeaban los zumbidos de las motocicletas.

«Papá» Jones aminoró la velocidad y giró la cabeza. Sus ojos se desorbitaron

al ver venir en pos de ellos la mole de acero que conducía Larry.

Pisó salvajemente el freno y el *jeep* derrapó sobre el polvo. Las máquinas de dos ruedas hicieron otro tanto, de modo que todos quedaron envueltos en una asfixiante nube de polvo.

-¡Increíble! -gruñó «Papá» Jones, despojándose de sus sucias gafas de campaña-. ¡«El Topo» ha logrado poner en marcha ese viejo armatoste!

Se enjugó el rostro brutal con una mano peluda y murmuró, incrédulo:

-¿Cómo, cómo lo ha hecho? Yo me he pasado meses enteros tratando de recuperar ese carro blindado, y no conseguí otra cosa que destrozarme las manos. En cambio, ese tipo, «El Topo»...

Larry «El Topo» detuvo el auto-oruga a unos sesenta metros de distancia. A los pocos segundos, abrió la puerta de acero y se asomó.

-¡Eeeh! -gritó-. No quiero pelear con vosotros. Me gustaría conversar pacíficamente.

«Papá» Jones rió a grandes carcajadas.

-Con que quieres charlar, ¿eh? -gritó, descendiendo del vehículo-. Dime, ¿con qué armas cuentas tú, «Topo»?

-Ése no es mi nombre -replicó el joven de los cabellos rubios-. Me llamo Larry.

-Ajajá. ¿Cómo conseguiste poner ese cacharro en marcha?

-El motor estaba intacto. Sólo necesitaba una buena limpieza y una batería nueva. ¿Queréis que hablemos amigablemente? -sugirió Larry.

Jones lanzó una risotada festiva.

-¿Por qué no? -exclamó, apoyados los musculosos brazos en las caderas-. Vamos, baja, ven aquí. Compartiré contigo mi botella.

Larry empujó la puerta blindada y bajó de un ágil salto. Iba desarmado, pero llevaba una gran bolsa de lona colgando de un brazo.

-Os regalaré algunas provisiones -anunció-. En el refugio donde he vivido hasta ahora, quedan grandes cantidades de conservas y agua.

Los ojos grises de «Papá» Jones relucieron de codicia.

-Hay mucha comida, ¿eh? ¿Y licores?

-No sé qué es eso. Para vivir, yo sólo necesito comida y agua -replicó Larry.

Avanzó unos pasos y dejó la bolsa de las provisiones en el suelo. Notó sobre sí las miradas ávidas de Jones y sus salteadores.

-¿Por qué te detienes? -le increpó, impaciente, el gigante calvo-. ¡Adelante, acércate!

Pero Larry se mantuvo prudentemente próximo a su formidable blindado.

-No me fío de vosotros, aunque quiero ofreceros mi amistad. Esos hombres -señaló a los greñudos que rodeaban a Jones- me persiguieron. No sé por qué, pero ellos querían matarme.

Jones se volvió y miró a sus hombres con reconvención.

-Pero, hijitos, ¿cómo se os ocurrió atacar a nuestro amigo «El Topo»? -bramó, simulando cólera-. Te juro que jamás volverá a ocurrir. Vamos, acércate.

-Lo haré, con la condición de que todos vosotros os despojéis de los cuchillos y de esas máquinas que retumban y lanzan invisibles proyectiles metálicos -propuso Larry.

-¿Mi metralleta, las pistolas de mis chicos? -exclamó «Papá», divertido-. Pues claro que sí. ¡Ea, muchachos! Soltad vuestros cinturones, de modo que nuestro amigo se sienta confiado y tranquilo. Yo mismo arrojaré lejos mi metralleta.

La llevaba colgando del hombro y la impulsó a su mano con un hábil movimiento. Inmediatamente, apretó el gatillo y envió una andanada de balas contra Larry «El Topo».

Los impactos marcaron una recta de surtidores de tierra a escasos centímetros de los pies de Larry. Jones había tirado a matar, pero en su precipitación la ráfaga salió desviada.

Quiso disparar otra vez, pero las balas de su cargador se habían terminado. Mientras Jones extraía un nuevo cargador del estuche de su cin turón, Larry saltaba al suelo espectacularmente, rodaba sobre el polvo, se incorporaba de un brinco y trataba de alcanzar el auto-oruga.

-¡Recoged las pistolas, estúpidos? -bramaba «Papá» Jones, tan nervioso que apenas acertaba a insertar el cargador lleno de proyectiles en el brocal de carga de su arma-. ¡No le dejéis escapar, acribilladle!

Sus pupilos tardaron demasiado en coger sus pistolas. En el momento en que Jones alzaba su metralleta y disparaba rabiosamente una bala, Larry «El Topo» acababa de guarecerse en el seguro cobijo del blindado.

Las balas rebotaban sobre las gruesas planchas de acero y sobre los blindados cristales, sin conseguir arañarlos siquiera.

Todavía disparaban tercamente, cuando el auto-oruga se puso en marcha y avanzó, imparable, hacia ellos.

«Papá» Jones soltó apresuradamente la metralleta y se lanzó de un salto *al jeep*. Dominados por el pánico, los motoristas huyeron en todas direcciones tratando de evitar que la máquina sobre orugas les aplastase.

Sin embargo, el vehículo llegó, atronador, y aplastó bajo sus orugas tres motocicletas, que quedaron convertidas en chatarra bajo la mole de veinte toneladas.

«Papá» Jones conseguía en ese momento poner en marcha el *jeep* y se alejaba del lugar, pero al comprobar que el carro blindado se había detenido a unos cien metros de distancia, el jefe de los salteadores frenó su automóvil e increpó a sus desorientados compinches.

-¡Montad en vuestras motos y agrupaos! -les ordenó-. «El Topo» no tiene facilidad de maniobra con ese armatoste. Nosotros le burlaremos fácilmente. ¡Vamos a aniquilarle! Pero, ¡mucho cuidado! ¡Quiero ese blindado entero! ¡No utilicéis la dinamita!

Viendo que el auto oruga se mantenía inmóvil a distancia, los barbudos recobraron el ánimo, tomaron las máquinas que no habían quedado destrozadas bajo las orugas y se reunieron con su jefe.

-¡Escuchad mis órdenes, pandilla de cobardes! -bramó «Papá» Jones-. Cogeréis unos cuantos picos y rodearéis a «El Topo». Para inmovilizar el blindado, es necesario introducir una herramienta sólida entre las ruedas propulsoras y las cadenas. Si lo conseguís, ese tipo caerá en nuestro poder.

Larry les observaba con atención. No podía oír la arenga que «Papá» Jones dirigía a sus bandidos, pero sí podía interpretar sus ademanes coléricos y el rictus homicida de su rostro primitivo.

Aguardó, expectante, la reacción de aquellas criaturas a las que ya nunca podría considerar amigos. Lo había intentado por todos los medios, pero había fracasado. Aquellos hombres eran como fieras sedientas de sangre, individuos sin sentimientos, asesinos natos. Pues bien: ahora Larry tenía a su alcance medios suficientes para luchar.

Vio a los motoristas poner sus máquinas en marcha y avanzar hacia él, dando un rodeo. Giraban y giraban vertiginosamente, hacían derrapar sus neumáticos y una polvareda densa comenzaba a elevarse del suelo.

31

Larry puso el vehículo en marcha, a toda la velocidad que daba de sí su poderoso motor diesel. Al instante, cinco motoristas le siguieron, mientras Jones, en su *jeep,* contemplaba la escena a distancia prudencial.

El blindado frenó en seco inesperadamente y los barbudos tuvieron que desviarse apresuradamente para no estamparse contra las planchas de acero. Al momento, aceleró y giró sobre su eje. Uno de los greñudos llegó veloz y trató de introducir una herramienta entre la cadena y las ruedas motrices. No lo consiguió, porque su moto derrapó y el individuo cayó a tierra dando volteretas.

Un instante más tarde, otro de sus enemigos saltaba espectacularmente desde el sillín de su moto al guardafangos del costado izquierdo.

El hombre asía el cierre de la puerta blindada y le miraba con un gesto feroz. Aunque Larry lo ignoraba, el asesino tenía en su mano izquierda una granada, que esperaba arrojar al interior del blindado si lograba abrir la puerta.

Y la puerta se abrió, pero no en virtud de los salvajes tirones de aquel tipo, sino porque Larry acababa de accionar el cierre interior.

Un odio infinito se reflejaba en los ojos del motorista. Alzaba la mano para arrojar la granada al interior del vehículo, cuando la lanza de «El Topo» le traspasó el pecho de parte a parte.

Una bocanada de sangre manchó el blindaje. El hombre cayó de espaldas, mientras el auto-oruga continuaba su carrera a través del llano.

Detrás se oyó una fuerte explosión. Larry miró a través de los gruesos cristales y vio, horrorizado, como el agresor volaba en pedazos.

Sin embargo, no podía permitirse el lujo de sentir miedo. Otros cuatro motoristas evolucionaban alrededor del vehículo, tratando de paralizarlo. Y

Larry «El Topo» no pensaba permitírselo.

Giró súbitamente, encarando a los que le seguían. Otro hombre había saltado al auto oruga y arrojaba sobre el cristal delantero una sustancia viscosa y oscura que le impedía la visión.

Accidentalmente, Larry apoyó una mano en el tablero de instrumentos. Resonó una cadena de fuertes explosiones y un doble rosario de gruesas balas cosieron los cuerpos de dos motoristas que se acercaban a toda velocidad.

El tipo que embadurnaba los cristales desde el techo del auto-oruga resbaló sobre la grasa y cayó al suelo lanzando un alarido de espanto. Cayó justamente bajo una cadena y su chillido agónico se perdió bajo el estrépito de los motores. Larry frenó, desconcertado.

Dos barbudos montaban en las máquinas abandonadas por los que habían perecido bajo el fuego de las ametralladoras pesadas. Otros dos más corrían por la pradera, alejándose del blindado en dirección al *jeep* de «Papá» Jones.

Larry detuvo su carro blindado.

-Lo lamento -murmuró, contrito-. Yo no quería luchar, pero me habrían matado si yo no me hubiera defendido. Ahora, ellos escapan. Les dejaré ir. No quiero matar. Matar es destruir y yo amo la vida.

Los observó en la distancia. Los hombres que conducían las máquinas de dos ruedas, frenaron junto *al jeep.* Y un minuto después volvían.

No se dirigían rectamente a atacar a Larry. Deseaban envolverle, distraerle y marearle con sus continuos giros, frenazos y cabriolas. Hasta que uno de ellos retiró el brazo y lanzó algo contra el blindado.

La explosión, apenas a cuatro metros de distancia, deslumbró a Larry, que se dejó caer, aterrado, al piso del vehículo.

Una nueva explosión conmovió al auto oruga.

-Esos horribles objetos que estallan..., pueden destruirme -pensó Larry. Y se incorporó lleno de coraje y puso en marcha el vehículo.

Encaró a los que venían zumbando como diablos. Y apretó aquel botón rojo del panel que antes había provocado un alud de fuego en la delantera del blindado.

Las balas de las ametralladoras de grueso calibre situadas bajo el blindaje,

arrancaron a tres de los motoristas de sus asientos y destrozaron las máquinas en medio de un estrépito que hería los oídos.

Larry retiró su mano del botón rojo. Uno de los barbudos había resultado ileso y se alejaba a toda velocidad hacia *el jeep*.

«El Topo» suspiró. No quedaban enemigos a la vista, excepto aquellos dos -«Papá» Jones y uno de los motoristas-, que parecían emprender la huida.

En efecto, los dos vehículos se alejaron veloces y desaparecieron tras una colina.

-A partir de ahora, he de andar con cautela. Ellos quieren matar, matar... ¿Qué puedo hacer yo, sino defender mi vida hasta el final?

3

Larry apenas durmió a lo largo de las jornadas siguientes.

Permanecía por la noche en el auto-oruga, vigilante y atento. Naturalmente, se habría sentido más seguro en su refugio, prácticamente inexpugnable, pero Larry temía que -durante la noche-llegase «Papá» Jones y le robase su inestimable vehículo.

En lo más profundo de su corazón, lamentaba hacer matado a siete criaturas, humanas, pero «El Topo» era consciente de que el entorno que le rodeaba estaba lleno de peligros, de feroces y sanguinarios individuos dispuestos a matar.

Larry les había ofrecido, generosamente, un saco de provisiones. Pero «Papá» Jones le había pillado por sorpresa, le había engañado, había intentado destruirle por todos los medios. ¿Por qué?...

Se pasaba desvelado las noches, vigilando sin cesar y planteándose mil cuestiones. Aparte de Jones y el otro motorista, ¿cuántos quedaban de aquellos sucios forajidos que recorrían los parajes desiertos como depredadores?...

También le intrigaba otra cuestión: ¿dónde vivían ellos? ¿Quizás en algún refugio bajo tierra?

Durante cinco jornadas, el paraje que rodeaba el refugio permaneció en calma. Larry volvió a confiar en una existencia pacífica y sin sobresaltos.

Como apenas conocía lo que le rodeaba, decidió hacer una exploración en sentido contrario al de la ciudad destruida. Para ello, nada mejor que tomar la carretera -casi intacta- y viajar sobre la cinta de asfalto gris.

Previsoramente, «El Topo» llenó una docena de bidones de combustible y los cargó en el vehículo. También hizo una abundante provisión de víveres y depositó en un cajón su cuchillo, la pistola y la metralleta, junto con el cinturón-canana que había tomado del cadáver del individuo llamado Budd.

Comprobó que el tubo de aireación estaba defendido por los cables eléctricos y se alejó conduciendo el blindado.

Dos horas más tarde, y tras rodar por empinados tramos de montaña, descendió hasta un valle verde. Una corriente de agua cristalina corría bajo un

puente de hormigón. «El Topo» quedó extasiado ante el desconocido espectáculo. Para él, agua significaba vida, pero nunca la había conocido fuera de los grandes aljibes subterráneos del refugio.

Gozoso como un chiquillo, cruzó el puente y condujo el blindado hasta la orilla.

-Es... maravilloso-murmuró, feliz.

Bajó a tierra, sin olvidar su metralleta, compañera inseparable tras el último y dramático encuentro con «Papá» Jones.

Tocó el agua con precaución. Era fresca y limpia y la probó. Luego introdujo sus manos en el caudal líquido y tomó un par de guijarros, que observó atento.

Permanecía gozosamente abstraído, cuando a su espalda se oyó un crujido. Larry se volvió de un brinco, presta su arma.

¿Qué era aquella criatura de pequeña estatura, cabellos rizados y ojos azules?

Apenas mediría tres palmos, iba completamente desnuda y contemplaba a Larry con una expresión entre curiosa y divertida.

-Abua, ta, papá -dijo la niña.

Y se acercó a Larry, que la contemplaba sin pestañear.

-Fía abua, papá -pronunció la criatura. Y se acercó aún más y apoyó confiadamente su manita en el musculoso antebrazo de Larry «El Topo».

El joven apartó su brazo, asustado. ¡Nunca había visto un niño! En el refugio, todas las personas que convivieron con él eran adultos o ancianos.

Sin embargo, experimentó un sentimiento de ternura. Y cuando la niña clavó sus ojos azules en él y le tocó de nuevo, Larry no la rechazó, aunque su desconcierto era profundo.

-Abua, papá -pidió la niña.

-¿Agua?

-Sí, *abua* -repitió ella.

Larry se inclinó, unió sus manos y le ofreció agua fresca en ellas, que la niña bebió confiada.

De pronto, el inquietante pensamiento: «Me gustaría tener a esta criatura para mí, llevarla conmigo, hablar con ella, alimentarla, saciar su sed...».

Se secó las manos y acarició tímidamente los cabellos negros y ensortijados, sedosos. La niña se abrazó a sus rodillas, feliz.

Así permanecieron durante largos minutos. Larry abrazaba tiernamente a la niña, ella balbuceaba torpes frases, cuyo significado apenas podía captar el hombre. Y ambos contemplaban serenamente la lámina brillante del río.

Por primera vez, Larry se sentía plenamente dichoso.

Si en aquel momento, hubieran caído sobre él «Papá» Jones y sus forajidos, Larry se hubiera dado por perdido. Prudentemente, había descolgado la metralleta de su hombro izquierdo y la había alejado de la niña para evitar cualquier accidente desgraciado.

-Mamá *ta* allí -dijo la niña. Y señaló con su bra-cito un remanso situado bajo el puente, donde una gran roca redondeada se asomaba a las aguas. Altos y frondosos arbustos rodeaban el peñasco.

¿Mamá?

Para Larry, aquel vocablo no significaba nada.

Estaba distraído contemplando el río, cuándo percibió un jadeo a su espalda. En el momento que giraba la cabeza, un objeto contundente se estrelló en su cabeza.

Cayó de bruces al agua, mientras la niña exhalaba un gritito de susto.

El agua fría le devolvió la consciencia al instante. Braceó torpemente y sus pies tocaron el fondo del río, que no era profundo en la orilla.

Una forma difusa se abalanzó sobre Larry. Un nuevo golpe demoledor le alcanzó en la mandíbula, pero esta vez «El Topo» no experimentó la conmoción anterior.

A ciegas, aferró un objeto cilíndrico y tiró con todas sus fuerzas. Se oyó un chapoteo furioso y Larry alcanzó la orilla.

Miró.

Un ser humano nadaba rápidamente hacia él.

¡Una mujer!

Cubría su cuerpo con harapos, los negros cabellos chorreantes y el rostro fruncido en un rictus hostil. Su piel no era blanca como la de Larry, sino mucho más oscura, de modo que el hombre se asustó.

Ambos chorreaban, Larry fuera del agua; ella en el borde. Se vigilaban desconfiados, parecían dispuestos a agredirse a muerte. Larry para defenderse, la mujer animada de una furia diabólica.

La niña les miraba a su vez, asustada y sorprendida, a unos metros de distancia.

-Mamá, papá da *abua.* ¿Tú *abua?* -exclamó la niña.

Y se acercó.

La mujer se inclinó tomó un grueso canto del río y se acercó a «El Topo» amenazadora.

-¡Vete, márchate! -gruñó-. Si vuelves a tocar a mi hija, te romperé la cabeza a pedradas.

Larry parpadeó, desorientado. Miró alternativamente a la niña y a la mujer negra. Y dijo:

-Yo no quiero hacer ningún daño a la criatura. Tampoco a ti.

La mujer le vigilaba desconfiada. Era alta, bien formada, largas piernas, generoso busto y fina cintura. Iba descalza y sus vestidos apenas eran harapos. Tenía el rostro cubierto de arañazos a medio cicatrizar.

-¿Quién eres tú? -preguntó ella, sin ceder en su animosidad.

-Soy Larry. Tengo... ese vehículo. Y también... -de repente recordó que disponía de un arma mortífera-... una... una metralleta. Pero no quiero matar a nadie.

De repente, la mujer rompió en un gemido, salió del agua y abrazó a la niña.

-Creí..., creí que eras unos de esos caníbales -dijo, sin mirar al hombre.

-¿Caníbales? Perdóname, no sé qué significa esa palabra -se excusó Larry.

-Caníbales, antropófagos, devoradores de cuerpos humanos, ¿comprendes? -alzó ella la cabeza, con furia y miedo.

Larry se quedó sin habla. Al cabo, reaccionó.

-¡Comedores de carne humana...! -exclamó, incrédulo.

La mujer de raza negra le dirigió una mirada penetrante.

-Pero..., ¿de dónde sales tú? -gritó, despectiva-. ¿No sabes que esta zona está habitada por grupos de criminales, de ladrones, de violadores, de bestias humanas que todo lo destruyen?

-Apenas... sé... nada-confesó «El Topo»-. He vivido siempre bajo tierra, en un refugio.

-¿Eres analfabeto? ¿No sabes leer?

-No -respondió el joven de los cabellos rubios-. No se leer, si te refieres a interpretar esos signos que aparecen en las paredes, en los envases, en las latas de conserva, en las hojas de papel unidas en manojos.

-Libros -puntualizó ella.

-Bien, libros. ¿Tú sabes leer?

-Sí.

-¿Quieres enseñarme?

-No tengo tiempo. Tengo que llevarme a mi hija. A veces, los caníbales merodean por aquí. Tengo que esconderme para salvar a mi hija.

-¿Tu hija?

Ella dejó escapar una risita impregnada de sarcasmo. Como si hablara a un niño, explicó:

-Entre un hombre llamado Blake y yo engendramos a esta niña, Lucy. ¿No sabes qué es hacer el amor?

Larry movió la cabeza en sentido negativo.

-Pues es la única compensación en este mundo arrasado y poblado por unos pocos seres humanos que se comportan como alimañas -dijo, con acento triste y desesperado-. Aunque yo misma hace mucho tiempo que no hago el amor. A Blake, mi compañero, lo mataron «Papá» Jones y sus asesinos. También intentaron capturarme a mí e incluso lo consiguieron, pero cuando uno de ellos se abalanzaba sobre mí para violarme, le rompí la garganta de una dentellada y logré escapar. Pero ellos sospechan que me escondo en algún lugar próximo al río, y acuden a veces y registran las orillas. Sin embargo, no

podrán encontrar jamás mi guarida: ninguno de ellos sabe nadar.

-¿Vivís solas tú y tu... hija?

-Sí..., si a esto se le pueden llamar vida. Si abandonamos el refugio, tengo que vigilar constantemente antes que ellos caigan sobre mí. Además, debo bucear en el río para buscar peces con que alimentarnos, aunque tampoco desprecio las serpiente e incluso los insectos -relató la mujer con voz monótona.

Mantenía a Lucy prietamente protegida entre sus brazos y su expresión continuaba siendo huidiza y recelosa.

El semblante de Larry se animó.

-Yo tengo comida, mucha comida -dijo-. Y un refugio seguro. ¿Por qué no venís conmigo?

La mujer consideró la propuesta. Finalmente movió la cabeza furiosamente.

-No. No me fío de nadie. Mi hija es lo que más me importa. Más que mi vida- murmuró, esquiva.

Larry se inclinó y tomó el arma de fuego.

-Como quieras. ¿Puedo conocer tu nombre, al menos?-pidió.

-Me llamo Kate.

-Bien. Te traeré comida. Aguarda un momento -dijo. Y se alejó hacia el blindado.

Volvió poco después y dejó en el suelo dos bolsas llenas de conservas. Era el total de lo que había traído. En lo que a Larry «El Topo» se refería, la niña no iba a pasar hambre si él podía impedirlo.

Viendo que la mujer permanecía en actitud pasiva, se separó unos pasos. Cuando se volvió, Kate manoseaba, incrédula y jubilosa, las provisiones.

-¡Dios mío! -suspiró la mujer-. ¡Espárragos, carne de buey, atún en aceite, pimientos, peras en almíbar...! ¡Casi había olvidado que existían semejantes manjares!

Devolvió todo a la bolsa y cargó con ellas. Lucy agitó levemente una manita en dirección al hombre.

Ya desaparecían en la espesura de la ribera, cuando Kate se detuvo y miró

largamente al hombre.

-No te descuides, Larry -le previno-. Aunque «Papá» Jones no es el único jefe de asesinos de esta zona, es el peor de todos. A los salvajes que forman su banda, les convence primero con halagos y promesas y después los mantiene sumisos mediante el miedo. Constantemente recorren los llanos y colinas, pero a veces caen silenciosos sobre algunos campamentos donde se agrupan varias personas. Para evitar que sus sicarios escandalicen, «Papá» Jones les ha cortado las lenguas.

Larry asintió, horrorizado. Ahora comprendía por fin la razón de que los barbudos apenas pudieran proferir gruñidos.

-Ahora tengo que poner a salvo a mi hija -dijo Kate, tras una pausa-. No intentes seguirme, Larry. Tendría que defender a Lucy hasta la muerte.

Él no respondió. Las vio ir y permaneció rato largo a la orilla del río, reflexionando.

Luego subió a su auto-oruga y decidió volver al refugio.

4

Durante muchos días, Larry «El Topo» se dedicó a mejorar notablemente las defensas de su blindado.

Los primeros días trabajó intensamente en el taller del refugio. Cortaba barras de tetracero de un metro, las doblaba por un extremo y las afilaba en la muela de esmeril por el otro. Una vez tuvo un centenar de aquellas barras, las trasladó a la superficie y las fue sujetando a diversas partes del carro, que mantenía camuflado a cierta distancia del refugio, en una zona boscosa e intrincada.

Valiéndose de una botella de gas y un soldador, fue adhiriendo aquellas duras lanzas a las ruedas, a los guardafangos, a la trasera y al techo del auto-oruga. El resultado final era un tanto grotesco, y al mismo tiempo espectacular: el vehículo parecía un prehistórico y descomunal erizo.

Al avanzar, las puntas de acero de las ruedas giraban veloces. Cualquiera que intentase acercarse al blindado en marcha, sufriría terribles tajos.

Habían transcurrido muchos días.

Muchas noches, Larry soñaba con Kate, la extraña mujer negra, y con su hijita Lucy. Las añoraba, pero no se hacía ilusiones. Kate era demasiado huraña, lejana y hostil.

Sin embargo, un día no pudo resistir la nostalgia y decidió viajar por segunda vez hacia el sur. Cruzó el puente, detuvo el vehículo y descendió. El río seguía siendo igualmente atractivo pero nada significaba para Larry «El Topo» sin Lucy y su madre.

Permaneció largo rato a orillas del río, escudriñando la espesa floresta de la orilla, esperando ver aparecer de un momento a otro.

Traía regalos para ambas: comida, golosinas, vestidos nuevos y limpios.

Un pensamiento inquietante asaltó a Larry: ¿Habrían caído finalmente madre e hija en las garras de aquellos monstruos con figura humana?

Cogió una piedrecita y la arrojó al río. Estaba absorto en la contemplación de los caprichosos juegos de las aguas, cuando percibió un rumor distinto. Alzó la mirada y vio a la mujer, que nadaba con rápidas brazadas en el centro del río.

Ella llegó a la orilla en seguida, se alzó y dirigió al hombre una larga y remota mirada.

-¿Qué vienes a hacer aquí?

-Vine a veros. Os he traído alimentos y vestidos -respondió él-. ¿Dónde esta tu hijita?

Un sollozo profundo agitó el pecho de la mujer.

-¡Está muerta! -exclamó, histérica.

-¡Muerta! -repitió Larry, como un eco.

-Fue hace diez días. Lucy estaba jugando en este mismo lugar cuando aparecieron esos criminales como vomitados por los senos del infierno. Eran muchos, tal vez doce o quince. Dejaron las motos y corrieron hacia la niña. Yo estaba buceando y mi instinto me avisó del peligro. Cuando emergí, uno de los energúmenos llevaba a mi hija en su máquina. Corría como un loco por el ribazo y ascendió al puente. La niña chillaba y gemía, horrorizada. Hasta que aquel asesino perdió los nervios y lanzó a Lucy por encima de la balaustrada del puente, hacia el agua. ¿Ves aquellos peñascos que emergen del río? Lucy se estrelló contra ellos.

Larry trago saliva. Dos lágrimas ardientes rodaron por sus mejillas, que apenas comenzaban a curtirse.

43

-Bestias -murmuró entre dientes.

-Los sicarios de «Papá» Jones ni siquiera me vieron. Iban borrachos y gruñían como fieras rabiosas. Cuando se marcharon, nadé hacia esas rocas. El cuerpo de Lucy estaba destrozado...

Larry no hizo ningún comentario. ¿Qué podía decir, si él mismo notaba como una garra de acero le oprimía el corazón?

-La tuve junto a mí toda la noche. A veces, la desesperación me ahogaba. Estuve a punto de lanzarme al rió y dejarme morir... Pero fui cobarde, preferí seguir viviendo. La enterré lejos de aquí, en un lugar recóndito y oculto, donde esos monstruos no puedan profanar su tumba. Pero Lucy no volverá ya -explicó con un trémolo en la voz.

Algo impulsaba a Larry a acortar la distancia que le separaba de la acongojada

madre, a abrazarla, a prodigarle palabras de consuelo.

-Ven a vivir conmigo. No puedes continuar aquí, sola, expuesta a que los asesinos de Jones te sorprendan. Ven conmigo, por favor.

Kate alzó la mirada.

-¿Ir contigo? ¿A cambio de qué?

-De nada. O quizá... -Larry sonrió tímidamente-. Quizá podrías enseñarme a leer.

Kate asintió con gesto leve.

-Sentiré alejarme de aquí. Lucy y yo hemos vivido cinco años en una cueva, a la que sólo se tiene acceso zambulléndose profundamente en el río. Éste fue un hermoso y tranquilo paraje para Blake, para la niña y para mí... Hasta que «Papá» Jones y sus sádicos motoristas nos descubrieron. Ahora, sin los míos, este río no significa nada para mí.

-En ese caso, ven... -le ofreció el hombre su mano.

Ella se dejó tomar mansamente y ambos subieron al vehículo blindado. Poco después, el río volvía a quedar solitario y silencioso.

-Eres un alumno muy aplicado -dijo Kate-. Has aprendido a leer en poco más de treinta días.

«El Topo» sonrió, feliz.

-Gracias, tú eres una buena profesora. Has tenido mucha paciencia conmigo -respondió-. Por cierto, quisiera hacerte algunas preguntas.

-Di.

-¿Por qué mi piel es blanca y la tuya más oscura?

-Somos de distintas razas, eso es todo.

Larry reflexionó un momento.

-Dime, Kate: este mundo, ¿siempre ha sido así? ¿Sucio, violento, arrasado, hostil? He visto casas calcinadas, incluso toda una gran ciudad convertida en escombros. ¿Cómo pudo ocurrir tal cosa?

La mujer se oprimió las sienes con los dedos.

-Alguna vez supe lo que ocurrió, pero todo se ha borrado en mi mente. En ocasiones trato de recordar, pero sólo consigo un terrible dolor de cabeza. Tal vez sea mejor así. Por otra parte, yo sólo tengo diecinueve años.

-¿De dónde viniste?

-Del sur, con mis padres y otros familiares. No había comida, pululaban nubes de insectos que oscurecían el sol, reptiles venenosos, alimañas. Vinimos al norte huyendo de aquel horror. No recuerdo más.

-No te molestaré de nuevo. Me has enseñado mucho. Ahora conozco el significado de muchas cosas que ignoraba antes. Nunca podré agradecértelo bastante -pronunció el hombre.

-¡No seas tonto! -protestó Kate-. Tú me lo has dado todo. Me has devuelto la serenidad, has alejado la desesperación, me has cuidado y mimado...

En verdad, Kate tenía un aspecto espléndido, con su pantalón corto de dril, su blusa azul y sus botas de tafilete. Sus cabellos cortos, negros y ondulados, estaban limpios y sedosos. No quedaba rastro en su rostro de arañazos o hematomas. A Larry le producía una leve inquietud el movimiento tembloroso de sus hermosos senos, bajo la sutil seda de la blusa.

-Llevamos mucho tiempo en el refugio -dijo él, desviando la mirada del busto de la mujer-. ¿Qué quieres que hagamos?

Las exóticas facciones de Kate se endurecieron y sus ojos oscuros se helaron.

-Quiero vengar la muerte de mi hija. He olvidado a Blake, pues la vida tiene sus exigencias, pero no puedo olvidar lo que unos desalmados hicieron con mi hija. Quiero borrar de la faz de la tierra a individuos como «Papá» Jones y su banda -pronunció rencorosa.

«El Topo» no hizo ningún comentario. Al cabo de un instante, dijo:

-Muy bien, yo estaré contigo. Pero recuérdalo: ellos tienen armas más poderosas que las mías, ésas que, según tú, se llaman granadas o bombas de mano, con las cuales pueden dañar gravemente nuestro vehículo. Además, según tú, «Papá» Jones ha conseguido nuevos adeptos, tras su descalabro al enfrentarse conmigo. ¿Eres consciente de que ambos podemos morir?

-Sí. Y me admira que te juegues la vida por mí.

«El Topo» desvió la mirada. Parecía sentirse incómodo.

-Creo saber de dónde obtiene Jones esas granadas -dijo Kate, brillantes los ojos.

-Dime.

-Es un lugar que se halla a unos sesenta kilómetros hacia el sudoeste. Blake me llevó allí, hace mucho tiempo. Hay una cadena de colinas de escasa elevación. Penetramos a través de un boquete y descubrimos unos grandes cañones y otras armas de raro aspecto. Había centenares de cadáveres por todas partes. Pero nosotros buscábamos comida. No la encontramos.

-¿Podrías guiarme hasta allá?

-Recuerdo perfectamente el lugar. Hay que cruzar el río por el puente que tú ya conoces. A continuación se cruza una llanura y se llega a las colinas. Podemos estar allí en poco más de dos horas.

-En tal caso, pongámonos en marcha ahora mismo.

Kate le sujetó por una mano.

-No. Debe estar anocheciendo-consultó el reloj digital que pendía del techo-. Partiremos al amanecer. Ahora, ha llegado el momento de que te enseñe algo muy diferente a todo lo que has ido aprendiendo durante estos días.

-¿Sí? ¿A qué te refieres? -inquirió el hombre, interesado.

Los ojos negros de Kate se posaron fijamente en los suyos.

-¿Es cierto que nunca has hecho el amor con una mujer?-indagó.

-Cierto. Las mujeres que yo conocí no eran tan bellas y jóvenes como tú. No me producían inquietud física de ninguna clase.

-Ya veo -sonrió ella, chupándose golosamente el labio inferior.

Comenzó a desabrochar su blusa y sus senos henchidos y jóvenes se ofrecieron al hombre en toda su hermosura.

-Ven, Larry -susurró, aproximándose al joven-. Yo te enseñaré a hacer el amor.

Las manos de Larry tomaron ávidas la cintura breve de la mujer.

-Lo estoy deseando -murmuró con pasión incontenible.

Las colinas a las que Kate se había referido, apenas eran una cadena de montículos de diez metros de altura. Redondeados y geométricamente alineados, no parecían elevaciones naturales, sino artificiales.

En las proximidades, se advertía numerosas huellas de neumáticos.

-Tenías razón -dijo Larry a Kate-. Hay huellas del *jeep* de «Papá» Jones y también se notan los tacos de los neumáticos de las motocicletas. Ellos han debido estar aquí recientemente.

Tras asegurarse de que se encontraban solos, rodearon uno de los montículos y llegaron ante un boquete abierto en la vertiente.

-Encendamos las teas -propuso la mujer. Tomó el encendedor que Larry le ofrecía y prendió fuego a dos largas astillas resinosas. Entraron.

«El Topo» lanzó una exclamación de asombro. Se encontraron bajo una gran bóveda de hormigón, bajo la cual se veía un largo tubo cónico de acero.

-¿Un cañón? -preguntó.

Ella afirmó:

-Sí. Debe de haber muchos más, bajo estas colinas.

Desconocidos aparatos en forma de consolas rodeaban la estancia circular. Ocho cadáveres embutidos en uniformes color caqui ocupaban otras tantas sillas giratorias frente a los ordenadores y pantallas de cristal.

Cruzaron en silencio la vasta estancia. Al fondo, había un pasillo oscuro.

-Comunica con los restantes silos -indicó Kate-. En un depósito subterráneo, hay gran cantidad de armas y municiones.

Avanzaron por el corredor. En el segundo silo, rostros descarnados e inexpresivos miraban sin ver las pantallas de radar y otros sofisticados aparatos electrónicos.

-Se diría que la muerte les llegó de improviso -murmuró Larry.

Pero Kate caminaba ya a lo largo del siguiente pasillo de comunicación. Vieron una gran puerta blindada, abierta, a través de la cual se veía una escalera descendente.

Bajaron. El almacén era inmenso. Largas estanterías que llegaban hasta el techo de hormigón, aparecían llenas de objetos cuidadosamente ordenados: Metralletas, ametralladoras, fusiles, pistolas, revólveres, lanzagranadas, morteros... Por doquier aparecían rótulos con idéntica indicación: «PRECAUCIÓN, EXPLOSIVOS. NO FUMAR».

Abrió una caja de munición. Las balas eran idénticas a las que disparaban las ametralladoras del auto-oruga. También halló munición abundante para la metralleta y la pistola.

-Con todo esto, podrían matarse miles y miles de personas -murmuró, preocupado.

El rótulo de un cajón de madera ponía: «GRANADAS PARA BAZOOKA».

-*¿Bazooka!* -preguntó el hombre a su compañera.

-Una especie de cañón portátil. He visto varios allí -señaló Kate el otro extremo del depósito.

-Me llevaré uno de esos bazookas y estudiaré su funcionamiento. Tal vez lo necesitemos en un momento de apuro -decidió «El Topo».

En una estantería aneja, Larry descubrió un material de valor inapreciable: centenares de folletos que explicaban gráficamente el funcionamiento de las diversas armas almacenadas en el silo.

-Me llevaré algunos de éstos. Ahora que sé leer, los estudiaré sin prisas -dijo.

Tomaron un bazooka y una metralleta idéntica a la de Larry, y subieron. Recorrieron el resto de las instalaciones subterráneas. Larry tomó unos prismáticos de campaña.

-Salgamos de aquí, Larry. Este lugar me produce escalofríos -dijo Kate.

49

Transportaron las armas y municiones al auto-oruga. Larry contemplaba el boquete de acceso con expresión concentrada.

-¿Qué piensas? -le interpeló la mujer.

-Deberíamos clausurar ese acceso. De esa forma, «Papá» Jones se quedaría sin armas y municiones-dijo.

-¡Tienes razón! -asintió Kate-. Pero ¿cómo?

«El Topo» sacó de un bolsillo el folleto de instrucciones del bazooka.

-Aquí dice que esta arma es capaz de destruir carros blindados. Si el bazooka vale para romper planchas blindadas, también servirá contra esos muros de hormigón.

Estudió durante unos minutos el folleto.

Introdujo una granada en el cañón del arma, desplazó el elemento eléctrico de disparo, apoyó una rodilla en tierra, apuntó a la entrada del silo y disparó.

La fortísima explosión desgajó un bloque de un metro cúbico. Larry se acercó, observó la bóveda y advirtió que se había producido una grieta de cinco metros de longitud.

Retrocedió. Kate le contemplaba con admiración y temor. Pero el hombre cargó de nuevo el bazooka y disparó.

La segunda deflagración provocó el hundimiento de un gran sector de la bóveda del silo.

-Creo que es suficiente -opinó «El Topo»-. Imagino que nadie podrá remover esas losas y penetrar en los silos.

-Ni siquiera nosotros -replicó Kate.

-Cierto. Tendremos que arreglárnoslas con las armas y municiones de que disponemos ahora. Pero no hablemos de eso. Kate, ha llegado el momento de que le hagamos una visita a «Papá» Jones. ¿Estás de acuerdo?

-De acuerdo -respondió la mujer, tensas las facciones.

5

«Papá» Jones apartó de su boca el gollete de la botella y barbotó una maldición.

Desde la boca de la cueva que le servía de guarida acababa de vislumbrar la estela de polvo que elevaba un vehículo.

Jones dejó la botella en el suelo y buscó unos prismáticos en un hueco de la roca viva. Miró y palideció.

-¡Es «El Topo»! -murmuró-. ¡Ese tipo se atreve a visitarme en mis propios dominios!

Llamó con gritos descompuestos a sus nuevos esclavos:

-¡Michael, Trevor, Kirk, Milian, Ralph! ¡Venid aquí!

De las cavernas que horadaban el escarpado se descolgaron doce de sus sicarios, que se reunieron con Jones en su cueva.

-Quiero que veáis cómo se aniquila una cucaracha-bramó. Y advirtió-: ¡Esperad!

Fue al fondo de la gruta y volvió arrastrando una caja que contenía granadas de guerra.

-Le pulverizaré en cuanto se acerque, partiré en mil pedazos su cochecito y a «El Topo» con él -bramó-. ¿No os he hablado de él? «El Topo» es el tipo que ha matado a diez de mis mejores nombres. Es astuto como un zorro, y no logramos hacerle salir de su cubil. Con unos cables eléctricos, carbonizó a tres de mis mejores muchachos. Ahora..., «El Topo» no escapará de esta trampa para sabandijas. ¡Ya veréis!

Los rostros que le contemplaban con atención eran jóvenes, pero idénticamente feroces. Se habían visto obligados a pasar por el rito bárbaro de dejarse amputar la lengua por el hombre que les dirigía, pero tenían una fe ciega, fanática, en «Papá» Jones, que les llenaba el estómago de comida, bebida y unos raros polvos alucinógenos, que el propio «Papá» añadía a la comida.

Todos ellos querían aprender las refinadas artes de «Papá» Jones. Artes encaminadas a un solo fin: matar.

Se quitaban a manotazos, unos a otros, los prismáticos que su jefe les había ofrecido para mirar el vehículo que aún se encontraba a media milla de distancia.

Aquellos hombres no podían hablar, pero sus ojos brillantes y sus muecas reflejaban claramente la excitación que los asaltaba, tras contemplar a aquella especie de erizo monstruoso que se arrastraba al borde de los barrancos y ascendía por las agudas pendientes del monte.

-«El Topo» es un tipo audaz -masculló «Papá», que no podía disimular su admiración-. Llegará hasta unos metros de este acantilado y entonces...

Aferró una granada. Contenía una fuerte carga de un explosivo destructor, empleado en demoliciones.

Allá abajo, el «Erizo» se acercaba sin prisas. Súbitamente, el extraño vehículo se detuvo en la cima de una colina.

-¿Qué diablos pretende? -gruñó Jones-. ¿Por qué no se acerca?

El «Erizo» permanecía inmóvil en la colina situada a unos doscientos metros de distancia, bajo el escarpado en cuyas oquedades se guarecían «Papá» y sus «hijitos».

Cogió la botella, bebió brutalmente, permitiendo que el licor manchase su velludo pecho, y la arrojó luego con ira al fondo de la caverna. -¡Vamos, acércate, maldito! -chilló. En el paroxismo de la furia, retiró el brazo y lanzó la granada con todas sus fuerzas.

La bomba describió un gran arco en el aire e hizo explosión sobre unas rocas, que fragmentó espectacularmente. Pero el blanco de sus iras se hallaba ciento veinte metros más allá.

-¿Cómo..., cómo haría yo para..., para...? -barbotó «Papá», fuera de sí.

Buscó en el fondo de la caverna, allí donde se amontonaban las cajas de municiones, los explosivos y varias metralletas, pistolas y fusiles de asalto. Tomó un fusil de grueso calibre y abrió una caja de balas explosivas, de las cuales introdujo varias en la caja del arma.

Volvió, cada vez más excitado a la boca de la cueva, plantó una rodilla en tierra y disparó frenéticamente.

Pequeñas pero sonoras explosiones alcanzaron al «Erizo», sin afectarle apenas.

Sin embargo, la reacción no tardó en producirse. Se oyó un silbido y una deflagración espantosa arrancó grandes bloques de roca a la entrada de la cueva. Fragmentos pétreos volaron en todas direcciones, hiriendo a los hombres que se apiñaban alrededor de «Papá» Jones, el cual se había dejado caer de bruces al escuchar el zumbido de la granada disparada desde abajo por un bazooka.

Uno de los hombres lanzó un alarido animal y se cubrió el rostro con las manos, de entre cuyos dedos manaba sangre abundante. Jones saltó sobre él y comenzó a abofetearle para que dejase de chillar..., antes de comprobar que a aquel infeliz le faltaba la nariz.

Otra granada estalló por encima de ellos. Grandes bloques de piedra se desgajaron de la escarpadura, uno de los cuales cayó pesadamente, tapando parcialmente la boca de la cueva.

La segunda explosión hizo cundir el pánico entre los *«hijos»* de Jones, algunos de los cuales escaparon como ratas asustadas y escalaron el acantilado sujetos a las sogas que pendían entre las oquedades.

-¡¡Quietos ahí!! -bramó «Papá», cegado por el polvo. Y disparó contra tres de los que huían.

Uno de ellos cayó bruscamente a tierra con un espeluznante boquete en la espalda. Otro quedó enredado en una soga, descerebrado. Al tercero, una bala explosiva le arrancó el brazo izquierdo. El hombre lanzó un chillido agudísimo y se despeñó.

Dominados por el pánico, los esclavos de Jones se replegaron al interior de la cueva, mientras «Papá» les encañonaba sin pestañear.

-Todos nos quedaremos aquí, hijitos. Si no perdéis la calma, quizá salvéis la vida. Si os dejáis llevar por el pánico, yo mismo os mataré uno a uno -advirtió.

Le corría la sangre por la cara, pero se la enjugó de un manotazo.

-Ahora, coged fusiles como éste y un puñado de balas -ordenó el jefe de asesinos-. Esa roca que tapa la entrada nos protegerá. Dispararemos todos a una contra el «Erizo». Si logramos romper uno de sus cristales, «El Topo» se quedará ahí para siempre. ¿De acuerdo, jovencitos?

La razón de la fuerza les obligó a secundar los planes de «Papá», aunque todos aquellos individuos se sentían aterrados y sólo deseaban ponerse a salvo.

Tomaron los fusiles y la munición. Jones los fue situando a la entrada de la gruta, tras el peñasco que obstruía el paso. «Papá» se había situado detrás de los cinco hombres útiles que le quedaban y les vigilaba.

-¡¡Ahora!! -ordenó.

Una descarga cerrada atronó los oídos. Las balas explosivas picotearon el blindaje del «Erizo», pero ninguna de ellas explotó sobre los gruesos cristales irrompibles.

-¡¡Disparad, disparad!! -gritaba «Papá», como un energúmeno.

Fue justamente en aquel momento que restalló una granada por encima de la entrada. La roca, ya debilitada por las anteriores explosiones, crujió de modo escalofriante y se desplazó unos centímetros. Una grieta de dos centímetros de anchura recorría sinuosamente la bóveda pétrea.

Temiendo que el acantilado se derribase sobre ellos, todos retrocedieron, espeluznados, y fueron a cobijarse en lo más profundo de la caverna, de unos quince metros de profundidad. Pero una nueva granada de bazooka explotó arriba y la bóveda cedió nuevamente unos quince centímetros, reduciendo el espacio vital de la cueva.

Los *«hijos»* de «Papá» Jones rechinaban los dientes de puro terror animal. No podían expresar su pánico con palabras, porque su jefe les había cercenado las lenguas. Apretados entre sí, aguardaban el final. Uno de ellos no pudo soportar la tensión y escapó hacia la ya angosta salida. Jones alzó el fusil y le voló el cráneo de un disparo.

De la ancha grieta del techo caía un hilillo de tierra. Las rocas crujieron de nuevo, antes de que explotara otra granada con horrísono estrépito.

Lentamente, dos colosales rocas descendieron del techo apoyadas en ángulo agudo. «Papá» Jones, desesperado, arrojó el fusil al suelo e intentó escapar. Pero una definitiva explosión desplomó toneladas de roca sobre el piso de la cueva, tapando herméticamente cualquier vía de escape.

A la desesperada, Jones y sus esclavos intentaron remover los ciclópeos bloques de piedra. Lamentablemente, con ello no iban a conseguir sino acelerar su final, pues en sus locos forcejeos consumirían en poco tiempo el oxígeno contenido en la caverna.

Abajo, Larry «El Topo» y su compañera aguardaron varias horas, vigilando el escarpado. El lugar estaba silencioso y desolado.

Al cabo, Larry echó pie a tierra y se acercó al acantilado. Hombres, motocicletas y el «jeep» de «Papá» Jones habían quedado atrapados bajo centenares de toneladas de rocas desgajadas de las alturas.

Larry volvió lentamente al «Erizo», donde le aguardaba Kate.

-Alejémonos de aquí -propuso el hombre, inexpresivas las facciones-. «Papá» Jones y sus comedores de carne humana no volverán a recorrer estos parajes. Para ellos, todo ha terminado.

Al atardecer, el auto-oruga se detuvo junto al río. Altos árboles frondosos crecían junto a la orilla, en aquel recodo retirado y oculto.

-Éste es un buen sitio para pasar la noche -dijo «El Topo»-. Mañana cruzaremos el río.

-¿Cruzar el río con este vehículo? -se asombró Kate.

-He leído detenidamente el libro de instrucciones. Dice: «Vehículo blindado, anfibio...». ¿No significa eso que puede caminar tanto por tierra como por agua? -replicó Larry.

-Eso espero. Por si acaso, compruébalo antes en aguas poco profundas: aún no sabes nadar -sonrió la mujer.

-¿Por qué no me das unas lecciones? -propuso el hombre-. Hace mucho calor, ¿no te apetece un baño?

-Una buena idea. De paso, trataré de pescar alguna pieza. Hay magníficos peces en este río.

Para sorpresa de Larry, Kate se desnudó rápidamente. Al verla así, el hombre se sintió tan excitado que la tomó ávidamente por la cintura.

Pero Kate se resistió.

-Después, después... Veamos ahora esa lección de natación. Desnúdate.

«El Topo» se desnudó con timidez. Cuando terminó, Kate estaba en el río y se desplazaba a largas y fáciles brazadas hacia el centro de la corriente. Larry penetró en el agua con precaución. Avanzó hasta que le llegó el río a la cintura y se remojó y sacudió con fruición.

Al poco rato, Kate exhaló un gritito de júbilo y vino nadando hasta el hombre. Llevaba algo de color plateado en una mano, que se revolvía frenéticamente.

-¿Qué es *eso?* -murmuró Larry, señalando con repugnancia el gran pez que se agitaba sobre el agua. Kate lo tenía fuertemente aferrado por una agalla.

-Nuestra cena.

-¿Quieres decir que vamos a comernos *esa cosal*

Kate se echó a reír de buena gana.

-Pero, ¡qué ingenuo eres, querido! ¿De qué te crees que están hechas buena parte de las conservas con las cuales te has alimentado durante veintiún años? -exclamó, sonriente-. Éste es un *blackbass,* un pez de carne exquisita. Lástima que no podamos encender lumbre: te prepararía un plato de pescado asado que no olvidarías jamás. Pero también podemos comerlo crudo.

-¡Por nada del mundo! -se escandalizó «El Topo»-. Hay una cocina a gas en el auto-oruga: puedes prepararlo allí. Pero ahora enséñame a nadar.

Kate salió desnuda del agua, arrancó un junco y lo pasó por las agallas del pez, que dejó, prisionero, en la orilla.

-Ahora, obsérvame. Debes aspirar aire por la boca, procurando que no entre el agua. Así -y nadó lentamente a su alrededor.

Tuvo que sostenerle por el vientre para que La-rry se mantuviese a flote. Al fin, él comenzó a dar torpes brazadas en aguas poco profundas. Se confió demasiado, tragó un buche de agua y comenzó a toser desaforadamente.

Kate se abrazó a él riendo alegremente.

-¡Querido, hay que tomarse las cosas con calma! ¡No puedes aprender en un día!

De repente, se sintió ceñida por los musculosos brazos del hombre, Kate elevó los labios y le besó apasionadamente.

-Ven, hagamos el amor, Larry. ¿Sabes que desnudo eres irresistible? -murmuró, ebria de pasión.

Fueron a la orilla e hicieron fogosamente el amor sobre la hierba, arropados por las frondas.

Más tarde, exhaustos, se bañaron nuevamente y volvieron al vehículo. Kate fue a por el pescado. Cuando regresó lo había limpiado escrupulosamente. Encendió el fuego a gas, puso una lámina metálica sobre la llama y lo asó

lentamente, añadiendo un poco de sal.

-Está en su punto. Comamos -invitó.

Larry probó el manjar con desconfianza, pero cuando lo hubo paladeado, sus facciones se animaron.

-¡Delicioso! -exclamó-. Mil veces mejor que esas conservas que traje del refugio.

Kate se sintió feliz viéndole comer con gran apetito. En pocos minutos, ambos dieron cuenta del manjar, recogieron los restos y se retiraron a descansar.

Al amanecer, «El Topo» despertó a Kate. Ella alzó una mano y le acarició el rostro.

-Buenos días, amor mío.

«El Topo» se desperezó en toda su envergadura. Y dijo:

-Tengo hambre.

Abrieron unas latas de conserva y comieron carne con galletas. Larry demostraba un enorme apetito, lo que provocó una sonrisa picara por parte de Kate.

Entre los dos, recogieron los botes de hojalata y las migajas. Larry demostraba una intensa excitación. Sus ojos azules destellaban. Había ansiedad en su expresión.

-¿Qué te ocurre? -le preguntó Kate.

-¡Vamos a cruzar el río!

-¡Espera! -le detuvo ella por un brazo. Y le miró fijamente a los ojos-. ¿Cuáles son tus planes ahora, después de cruzar el río?

-Explorar las tierras situadas al sur, conocer palmo a palmo el mundo.

Kate bajó la mirada, triste.

-Pensé que íbamos a seguir viviendo en este tranquilo lugar, después de librarnos para siempre de la amenaza de «Papá» Jones y sus forajidos. Aquí podríamos...

Pero él se desasió sin violencia de su mano y se trasladó, decidido, hacia la

cabina del auto-oruga. Al instante, zumbó el poderoso motor y el vehículo avanzó hacia el agua, despacio.

Larry observaba, atento. La parte anterior del «Erizo» penetró en el río y se hundió, pero cuando el vehículo avanzó más se estabilizó y flotó libremente.

-¡Nada, nada, el «Erizo» nada mucho mejor que yo![1] -clamó Larry, tan alborozado como un niño con su juguete.

Kate había seguido las maniobras con cierto temor, pero al comprobar que el blindado flotaba fácilmente en el río, se tranquilizó. Descorrió una ventanilla y escuchó el sordo *chuff de* la turbo hélice.

-¡Es maravilloso! -exclamó la mujer, dando rienda a su júbilo.

«El Topo» conducía la singular nave hacia el centro del río. A ambos lados, iban desfilando lentamente las frondosas orillas. Un pájaro de vistoso plumaje se alzó en el aire y lanzó un penetrante grito, que asustó a Larry.

-¿Qué es eso? -exclamó, atónito.

-Un ave, un animal que puede volar-respondió su compañera. Y Larry siguió el vuelo del pájaro multicolor con expresión extasiada, hasta que el ave se perdió por encima de las copas de los árboles.

-Es hermoso el mundo -suspiró el hombre-. ¿Por qué, sin embargo, hay ciudades destruidas por doquier? ¿Qué fuerza misteriosa las arrasó?

Kate reflexionó un momento.

-No lo sé -respondió-. Se me ha olvidado.

El motor zumbaba sordamente, a bajas revoluciones. Kate tomó por un hombro a su compañero, en una súbita inspiración.

-Larry, el río nos arrastra suavemente. ¿Por qué no viajamos a través de él? Apaga el motor. De esta forma ahorraremos combustible -propuso.

-¡Sí! -exclamó él, excitado. Y detuvo el motor del anfibio.

Durante varias horas viajaron plácidamente, dejándose arrastrar por la corriente del río.

Viajaron por el fondo de un valle, entre erguidos picachos y cumbres berroqueñas. Por fin, divisaron un espacio abierto y llano, poblado de altos cactus. En las laderas crecía una vegetación raquítica, reseca. Allá, al fondo

del valle, se distinguía un acantilado vertical.

Era el mediodía. El sol enviaba sus rayos ardorosos sobre las rocas, que crepitaban sonoramente al dilatarse. La temperatura era superior a cuarenta y cinco grados. Dentro del vehículo, el hombre y la mujer sudaban copiosamente.

El vehículo se detuvo en medio de la llanura árida y desolada. Kate descorrió una ventanilla y se asomó fuera para aspirar aire fresco, mientras se oía el zumbido de un ventilador girando a pleno rendimiento.

Bebieron agua. Estaba fresca pues Larry guardaba los depósitos en un compartimento isotermo.

-¿Comemos algo? -preguntó Kate, solícita.

-Come tú. Yo no tengo apetito -respondió «El Topo».

La mujer abrió una lata de pescado en conserva y picoteó sin gran interés.

-Iré a echar una ojeada a estos parajes -dijo Larry.

-No te alejes mucho -rogó Kate. Y una sombra de inquietud se reflejó en sus ojos rasgados.

«El Topo» asintió con el gesto, cogió los prismáticos y la metralleta y descendió del vehículo.

Asombrado, contempló las altas cactáceas cubiertas de agudas espinas. Luego se volvió y dirigió una mirada a Kate, que alzó la mano en señal de saludo a través del parabrisas del auto-oruga. Larry se alejó despacio, contemplando con atención cuanto encontraba a su paso. A la sombra de un peñasco enhiesto, alzó los prismáticos y observó las cumbres macizas que le rodeaban.

Allá, en el acantilado, se distinguían numerosas oquedades que horadaban la roca caliza. ¿Qué era aquello que colgaba de una cornisa elevada? ¡Una escala formada por gruesas maromas!

«El Topo» se sintió excitado al momento. Una escala podía significar personas, seres de su misma condición. ¿Posibles enemigos o amigos?

Caminó hacia el distante acantilado, movido por la curiosidad. Sin darse cuenta se fue alejando más y más, de forma que cuando se volvió a mirar atrás, ya no pudo divisar la familiar silueta del «Erizo» de acero.

Giró su mirada al acantilado y parpadeó, desconcertado: *la resistente escala de sogas había desaparecido.*

«¿Cómo pudo ocurrir?», se preguntó, asombrado. «Hace un momento estaba ahí, pero ya no está».

Le aguijoneaba la curiosidad. Caminó aprisa hacia el escarpado, ansioso por dilucidar aquel enigma.

Desde la base del talud, las cavernas quedaban fuera de su visión, ocultas por el saliente de una irregular cornisa, a unos sesenta metros por encima de su cabeza. Junto a la lisa roca veteada se veía una pequeña montaña de huesos blanqueados. Examinó los restos, desconfiado. No, los huesos no correspondían a seres humanos. Larry dejó escapar un suspiro de alivio.

Permanecía absorto al pie del acantilado, cuando le llegó el eco de un grito lejano. El corazón le dio un vuelco... ¡Era Kate quien acababa de gritar!

Volvió a la carrera, sudoroso bajo el sol implacable que calentaba el suelo hasta límites intolerantes. Sus pies ardían, pero Larry «El Topo» seguía galopando a toda velocidad. Al fin, cuando se divisaba ya la extraña silueta del «Erizo» en medio del desolado valle, Larry, congestionado y sin respiración, se vio forzado a disminuir la velocidad.

-¡¡Kate!! -llamó, bronca la voz.

La montaña repitió el eco de su voz, pero no hubo respuesta.

En el suelo ardiente, «El Topo» descubrió jirones de la blusa azul de Kate. Subió de un salto al auto-oruga, centelleante la mirada, aferrada la metralleta entre sus manos, dispuesto a matar...

La ausencia de su compañera le anonadó. Derrumbado sobre un asiento, permaneció inmóvil unos minutos, jadeante, con la mente en blanco. Poco a poco fue serenándose. Reflexionó. Necesitaba controlar sus emociones, pensar.

La blusa destrozada de Kate significaba violencia, sin duda. Alguien había llegado al vehículo en su ausencia. Una o varias criaturas habían sorprendido a Kate y...

Exhaló un bramido infrahumano y saltó fuera del vehículo. Examinó un pedazo de tela y vio una mancha de sangre. Poco después descubría unas gotas de sangre en el suelo. La tierra estaba tan seca que había absorbido instantáneamente la sangre, que apenas podía distinguirse sobre el polvo

pardo.

Siguió con la mirada aquel rastro. No eran grandes manchas de sangre, apenas unas gotas diminutas que se perdieron a los pocos pasos. Pero en el polvo suelto estaban las huellas de las botas de Kate y también otras de pies descalzos.

La realidad le golpeó cruelmente. No cabía duda: le habían robado a Kate, le habían arrebatado a la dulce compañera que le había enseñado a amar y a vivir a la luz del sol. La desesperación se apoderó de él. Por primera vez en largo tiempo, «El Topo» gimió. No era un llanto fácil, sino seco, violento y estentóreo. El piso reseco absorbía tan rápidamente sus lágrimas como había chupado aquellas gotas de sangre que Larry -por instinto-atribuía a su compañera.

De pronto, Larry se irguió con fiereza, llenó su pecho de aire y caminó en pos de las huellas. Ascendían hacia un roquedal próximo a través del terreno poblado de cactus. A unos cien metros del «Erizo», todo eran rocas ya: las huellas se esfumaron. No pudo ver ninguna mancha de sangre en los alrededores, aunque examinó el terreno minuciosamente.

-¡Kate, Kate! -gimió-. ¿Dónde estás, qué ha sido de ti?

Un sentimiento de culpa le asaltó. Él era el único responsable, puesto que había abandonado a su compañera en medio de un paraje desconocido, probablemente hostil. Hizo un esfuerzo por imponerse a su íntima desolación. El sentimiento de culpa fue sustituido por otro de ira feroz.

Mientras volvía hacia el auto oruga, recordó

que jamás había experimentado sentimientos de rencor durante su vida en las profundidades. Después se había visto forzado a matar para defender su vida. Y ahora volvería a hacerlo si fuera preciso para rescatar a su compañera o..., para vengarla.

Sin embargo, «El Topo» intuía que su vida no tendría sentido ya sin la alegre, leal y dulce compañía de Kate.

Subió al «Erizo» y cargó con varias raciones de comida y agua. Bajó, cerró herméticamente los accesos y se encaminó al roquedal. No sabía en qué dirección avanzar, pero su instinto le guiaba hacia las alturas.

Rodeando peñones erizados y utilizando las hendiduras profundas de la montaña, caminó silencioso hacia el acantilado donde había visto colgar la escala de sogas.

Al atardecer, cuando menguaban los rigores de la canícula, «El Topo» se encontraba a medio kilómetro del acantilado.

Tumbado sobre una roca, alzó los prismáticos que colgaban de su cuello y atisbo.

Vio a unos hombres y mujeres, completamente desnudos, que recorrían los vericuetos del acantilado. ¿Por qué iban desnudos?, se preguntó.

Tanto los varones como las hembras tenían un aspecto tosco, primitivo elemental. Barbas crecidas y sucias, melenas largas y descoloridas, piel bronceada, torsos musculosos. Larry ignoraba que aquellos seres eran trogloditas.

Un grupo de ellos se había detenido en una hendidura. ¿Qué hacían? Uno de los trogloditas puso en el suelo algo que se deslizó velozmente... ¡Un ratón!

Aquellos seres primitivos trataban de obligar al minúsculo roedor a penetrar en una grieta de la roca. Ajustando mejor los prismáticos, tras avanzar el alcance, Larry comprobó que el ratón estaba prisionero de una larga cuerda.

Al fin, uno de ellos forzó al roedor a penetrar en la hendidura. Al momento, tiró de la cuerda. Al otro extremo no estaba ya el ratón, sino un cuerpo cilíndrico de unos dos metros de longitud, de brillantes colores, que se enroscaba sobre sí mismo, resistiéndose a ser sacado de su madriguera. Una serpiente.

¿Cazaban serpientes con ratones? Uno de los trogloditas aferró a la serpiente por el cuello y de un solo tajo de su cuchillo de pedernal cortó la cabeza del ofidio, cuyo cuerpo, todavía vivo, entregó a una mujer desgreñada.

Según pudo ver «El Topo», aquellos individuos tenían una jaula de madera llena de ratones. Luego de sacar la primera serpiente de su cubil, caminaron hacia otra angosta oquedad, ataron un ratón vivo a una cuerda larga y obligaron al animalejo a ofrecerse como víctima propiciatoria a otra serpiente.

Durante largo rato, Larry fue testigo de la insólita cacería. Contó a los individuos de la tribu: eran once hombres, cuatro mujeres y seis niños de mediana edad. Pero, ¿dónde estaba Kate?

6

Al atardecer, los trogloditas se retiraron a sus cuevas llevando un manojo de serpientes. Poco después se veía brotar humo de una de aquellas oquedades.

«Deben de estar dándose un festín a base de carne de serpiente asada», pensó Larry.

Anochecía rápidamente. De repente, uno de los trogloditas apareció en la irregular cornisa arrastrando a..., ¡a Kate!

Kate desnuda de cintura para arriba, pero viva. Ella se resistía con todas sus fuerzas, pero el individuo que la aferraba de un brazo era un gigante musculoso, de brutal apariencia.

Contra su voluntad, Kate fue forzada a penetrar en una caverna apartada de las restantes. Un sudor frío empapó la frente de «El Topo». Podía imaginarse sin esfuerzo lo que aquel tosco sujeto pretendía: forzar a Kate, violarla, gozar sexualmente con ella.

No había nadie a la vista. Larry se incorporó, ajustó la metralleta en su hombro y saltó de roca en roca. Diez minutos después se detenía al borde de un precipicio. Al otro lado, cinco metros más allá, estaba la cornisa que recorría la escarpadura. Pero el abismo era profundo y Larry se vio frenado por el terror.

Escuchó un grito. Era Kate quien gritaba y Larry olvidó el temor a las profundidades, retrocedió, tomó carrera y saltó. Cayó dolorosamente de bruces al piso pedregoso, pero se incorporó en el acto.

Avanzó con cautela, tanteó el acantilado, asomó a la boca de la caverna.

Kate peleaba bravamente contra el troglodita. A patadas, a puñetazos, con arañazos y mordiscos. El salvaje estaba excitado como un garañón y el ataque de la mujer no hacía mella en él.

Por un momento, Larry sintió la tentación de acribillar al troglodita. No lo hizo por dos motivos razonables: podía herir a Kate y alertar con los disparos a los restantes miembros del clan.

Pero saltó como un macho en celo sobre el coloso de los cabellos hirsutos y le golpeó salvajemente a culatazos. Era resistente aquel tipo, y a pesar de los contundentes golpes se volvió, rugiendo como un animal salvaje.

Un golpe le partió la nariz, otro le alcanzó en la sien y le derribó definitivamente. También Kate estaba en el suelo, incapaz de reaccionar. «El Topo» la agarró por un brazo, tiró bruscamente de ella y la arrastró fuera de la cueva.

Luego ella se abrazó convulsivamente al hombre y se echó a llorar.

-¡Larry, Larry! ¡No vuelvas a abandonarme nunca más! -gimió, traspasada de miedo.

-Nunca más -respondió él con voz ronca-. Iremos juntos a donde quiera que sea. Esperemos aquí un momento. Debe haber una escala en alguna de esas cuevas.

-¡Sí! La he visto: está en la gran caverna donde me tuvieron encerrada. Allí se guarece el resto del clan. Pero debemos esperar. Se han dado un hartazgo de carne de serpiente e incluso me ofrecieron una porción, que yo rechacé. Aguardemos a que todos estén dormidos.

-En tal caso, entraré ahí y ataré a ese cafre -decidió «El Topo». Y penetró en la gruta seguido de la mujer.

El hombre yacía en el suelo. Sus enmarañados cabellos y su rostro estaban manchados de sangre. Viendo su sexo desnudo y lacio, Larry rió ferozmente.

-Debería matarlo por lo que intentó hacer -gruñó, colérico.

-¡No, por favor! -suplicó Kate-. Son seres primitivos, en medio de una naturaleza hostil. Los que me apresaron, éste entre ellos, no me hicieron ningún daño. Me produjeron un arañazo al despojarme de mi blusa para..., para comprobar que yo era una hembra. Hay muy pocas mujeres. No pude entender lo que decían en su lenguaje, áspero y gutural, pero deduzco que me querían incorporar al clan como una hembra más, capaz de engendrar criaturas. El instinto les fuerza a sobrevivir, sea como sea.

Larry asintió con el gesto. Dentro de la cavernanel ambiente era hediondo, irrespirable. En un rincón se amontonaban cuerpos de lagartos desecados al sol. Más allá, «El Topo» vio un manojo de tiras de cuero sin curtir. Tomó algunas de ellas y ató al hombre sólidamente. Con un pedazo de su propia camisa, le ajustó una mordaza muy tirante.

El hombre parecía maltrecho, pero respiraba.

Permanecieron allí hasta que fue noche cerrada. La luna se asomaba por encima de los riscos cuando Larry y su compañera abandonaron la caverna y

caminaron, sigilosos, por la cornisa.

Dentro de la cavidad próxima sonaban fuertes ronquidos. Larry asomó la cabeza y miró. A la luz tenue que expandía el astro nocturno, vio los cuerpos hacinados en el suelo. Todos dormían.

Entraron. Kate señaló un bulto informe en el suelo: era la escala. Pesaba mucho, pero tomaron un extremo y, poco a poco, fueron arrastrándola hasta el exterior. En el saliente había dos gruesas estacas empotradas en agujeros abiertos en la roca viva. Sujetaron allí la escala y la dejaron caer al vacío. Llegaba justamente hasta el fondo del valle.

Descendieron aprisa, Larry delante, Kate a continuación, ansiosos por alejarse de allí.

Media hora después avistaban el «Erizo». Subieron al vehículo, echaron los cierres de seguridad interiores y se miraron los dos a la luz de la luna que penetraba a través de los cristales.

Luego «El Topo» tomó a Kate por la cintura y la abrazó con pasión.

-No volveré a perderte -murmuró el hombre.

Desabrochó el botón del pantaloncito de Kate, descorrió la cremallera y la desnudó. Un momento después hacían el amor, poseídos por sentimientos encontrados: ternura, frenesí, júbilo de volver a sentirse más unidos que nunca.

Cuando vino el día, Larry arrancó el motor y el «Erizo» evolucionó en el valle y volvió al río, que los arrastró con su suave corriente hacia el sur.

Navegaron largas horas, hasta que la montaña quedó atrás y el río discurrió nuevamente a través de una zona llana y solitaria. Larry sacó el vehículo del agua y lo detuvo en la orilla, poblada de espesos matorrales.

-Ahora sí tengo apetito -dijo el hombre. Y ambos comieron hasta saciar su hambre y su sed.

Todavía no habían dado fin al banquete, cuando se oyó un zumbido sordo. «El Topo» se alzó de su asiento y corrió a mirar fuera.

Una masa densa de color parduzco se desplazaba en las alturas.

-¿Qué es eso? -preguntó Larry a Kate, que estaba tras él.

-No lo sé -respondió la mujer, temerosa.

La nube oscura se cernía sobre ellos. Súbitamente el día se convirtió en noche y una espesa cortina de criaturas voladoras les envolvió.

-¡Langostas! -exclamó Kate, asombrada-. ¡Es una inmensa bandada de langostas!

Los ortópteros se estrellaron violentamente contra los cristales, rebotaban o quedaban aplastados contra las ventanillas. La masa de langostas gigantes era tan espesa que lo llenaba todo, impidiendo la visión un metro más allá de los cristales.

Al fin, la visión se aclaró un tanto. Era difícil mirar a través de los cristales manchados, pero Larry comprobó que los matorrales que crecían en la llanura estaban ahora materialmente cubiertos por millones y millones de ortópteros.

Al momento, se expandió un rumor sordo, insólito: era el ruido que producían los insectos al aserrar con sus mandíbulas las hojas y las ramas de los arbustos. El matorral iba descendiendo por momentos. Las langostas devoraban vertiginosamente todo lo verde.

Más de dos horas duró el singular espectáculo. Al fin, los insectos comenzaron a alzarse, primero en una fina estela, después formando un manto espeso que ascendía despacio. Hasta que todo el enjambre estuvo en el aire.

Entonces la nube de color pardo se alzó aún más y se alejó hacia el norte.

Detrás de la plaga, una gran extensión de arbustos quedaba destrozada, apenas erguidas las ramas más gruesas y coriáceas.

Larry salió. El aire estaba impregnado de un raro hedor. Las planchas blindadas del «Erizo» estaban cubiertas por montones de ortópteros muertos.

Kate y él optaron por acarrear baldes de agua desde el río. Lanzando el agua con fuerza a través de las lanzas, consiguieron arrastrar la basura.

Limpiaron después escrupulosamente los cristales y se alejaron hacia el sur. Al atardecer divisaron en lontananza unas torres enhiestas. Una ojeada con los prismáticos y «El Topo» exclamó, excitado:

-¡Es una ciudad, Kate! ¡Una gran ciudad, intacta!

Ella le arrancó los prismáticos y miró con ansiedad. En efecto, sus ojos contemplaron los altos rascacielos, en cuyos cristales se reflejaban los últimos

rayos del sol poniente.

-¡Extraño! -exclamó la joven-, Blake y yo recorrimos grandes extensiones de terreno y descubrimos varias ciudades, pero todas ellas estaban destruidas, arrasadas. Ésta en cambio se encuentra incólume, intacta.

-¿Habrá allí personas..., personas vivas, como tú y como yo? -preguntó Larry, esperanzado y temeroso al mismo tiempo.

Kate tardó en responder.

-¡Quién sabe! Quizá la destrucción no llegó hasta aquí -exclamó, al fin-. Sólo hay un medio de averiguarlo: yendo allí. Pero la noche está próxima. Será más prudente que aguardemos el nuevo día.

-Tienes razón -asintió «El Topo»-. Descansaremos aquí y mañana continuaremos el viaje.

Pero aquella noche no descansó tranquilo. La excitación le dominaba pensando en lo que al día siguiente hallarían en la gran ciudad intacta. ¿Estaría habitada? ¿Cómo sería la vida allí? ¿Hablarían aquellas personas la misma lengua que Kate y él mismo?...

Despertó con la aurora. Aunque había dormido muy poco, la excitación le impulsaba a actuar. Tocó suavemente a Kate y ella despertó con un suspiro.

-¡Vamos allá! -exclamó el hombre, sin reparar en que lo más sensato sería tomar un copioso desayuno para reponer fuerzas.

Puso el motor en marcha y avanzaron hacia la aventura. A poca distancia de la ciudad vieron un airoso puente, bajo el que discurrían las aguas del mismo río por el que habían navegado muchos días.

El auto oruga ascendió hasta el puente y rodó por una gran autopista de ocho carriles. Altos yerbajos crecían en los baches, pero el «Erizo» avanzaba a buena velocidad, siempre en dirección hacia los rascacielos.

-Extraño -murmuró Larry-. No veo un solo vehículo. En las otras ciudades arrasadas se veían automóviles por doquier.

Se detuvieron en una estación de servicio, bajaron y miraron a través de una cristalera. Nadie. El polvo se posaba sobre estantes y mesas, sobre todos los muebles, sobre el suelo. Espesas telarañas lo invadían todo.

Volvieron al auto-oruga y penetraron en la ciudad. La maleza crecía en mitad

de las calles y manadas de ratas corrían a guarecerse en los sumideros. Las calles estaban desiertas, herrumbrosos los semáforos y parquímetros. El sol caía con fuerza y se reflejaba, cegador, en las grandes fachadas acristaladas.

Silencio, soledad y polvo por doquier.

71

El «Erizo» se detuvo ante un edificio de setenta plantas. La lámina de grueso cristal del vestíbulo estaba entreabierta. Entraron. De una gran lámpara colgaban inmensas telarañas polvorientas. Una rata enorme les observó un momento detrás de un largo mostrador. Luego la alimaña lanzó un chillido estridente y escapó a la carrera a lo largo de un interminable pasillo polvoriento.

Ascendieron por una escalera. Docenas de pasillos solitarios. En un rincón donde se amontonaba el polvo, crecían unas hierbas silvestres.

Caminaron por un corredor, dejando las huellas de sus botas sobre la espesa alfombra de polvo. Centenares de puertas se alineaban a izquierda y derecha. Larry empujó una y ambos contemplaron un salón impecable, con sus divanes, su mesa de cristal, las lujosas lámparas en los muros forrados de nogal, preciosas litografías en las paredes... Una puerta a la derecha permitía llegar a un lujoso dormitorio y a un cuarto de baño.

Salieron y examinaron la siguiente habitación. Era idéntica a la anterior, como las siguientes que inspeccionaron.

-No hay nadie -dijo Kate con voz queda.

-Salgamos de aquí. Me siento incómodo -respondió «El Topo».

Volvieron al «Erizo» y recorrieron durante largo rato las desiertas calles. Ni un automóvil, ningún ser vivo a excepción de miles de ratas que pululaban de un extremo a otro de la ciudad.

-No consigo entenderlo -dijo Larry, desorientado-. Todo parece indicar que, en algún momento, esta ciudad estuvo habitada por seres humanos. Los muebles y utensilios que he visto en esos edificios son semejantes a los que hay en mi refugio subterráneo... ¿A dónde fueron esas gentes, las criaturas que habitaban este lugar?

Kate se encogió de hombros.

-No lo sé -respondió.

Una cosa era cierta: ambos se sentían dominados por la tristeza y la decepción.

Deseosos de abandonar tanta desolación, Kate y «El Topo» se alejaron de la gran ciudad dormida.

7

Durante tres días, Larry condujo su vehículo en dirección oeste. Era tierra de llanuras dilatadas y herbosas, a través de las cuales el «Erizo» iba dejando en pos de sí una ancha estela de pastos aplastados.

El día anterior Larry se asombró al ver surgir del pastizal un airoso cuadrúpedo que se alejó a grandes saltos.

-¿Qué es eso? -indagó «El Topo», muy excitado.

-Un antílope -respondió la mujer-. Una vez, Blake mató uno.

-¿Lo mató? ¿Por qué? -se encolerizó Larry.

-Teníamos hambre. Nos comimos su carne asada. Era deliciosa.

«El Topo» reflexionó sobre lo que acababa de oír. Todavía ignoraba muchas cosas acerca de la vida en la superficie del planeta y no se atrevía a dar su opinión, aunque le repugnaba la simple idea de matar un animal para comérselo.

Entre tanto, el vehículo avanzaba hacia el oeste. En la lejanía se alzaba una imponente cordillera. Larry se propuso explorarla.

Al día siguiente estaba al pie de los macizos montañosos y el «Erizo» ascendía a buena marcha a través de las trochas. Dos días les llevó llegar a la cumbre, donde descubrieron un puerto de montaña practicable.

Larry «El Topo» era muy feliz. Tras el dramático incidente del secuestro de Kate por los trogloditas, el joven vivía plenamente el amor con su compañera. Al placer y al amor, se unía la constante excitación de los nuevos descubrimientos: en la montaña habían visto un par de animales a los que Kate llamó «osos», y también una bandada de patos que se alzaron de una laguna; una ardilla de rojo pelaje y esponjosa cola que saltaba entre las ramas de un pino centenario...

El «Erizo» no se detenía jamás. Escalaba las cumbres, cruzaba los ríos y lagos, avanzaba siempre.

Hombre y mujer habían descubierto otras ciudades a lo largo de su itinerario. Las grandes urbes aparecían derruidas y calcinadas, pero otras agrupaciones urbanas de menor entidad se mostraban intactas, aunque la vegetación

silvestre dominaba las calles, plazas, los jardines e incluso las fachadas y tejados de los edificios. No hallaron un solo ser humano y prosiguieron en dirección oeste.

Una noche hicieron alto para descansar en medio de una llanura desértica. Durmieron sosegadamente hasta el amanecer. Larry abandonó el vehículo, deseoso -como cada mañana- de aspirar el aire fresco y puro de la llanura. Avanzó unos pasos. Canturreaba entre dientes, cuando se detuvo aterrado.

Ante sus ojos se abría una profunda y dilatada depresión, un colosal abismo de más de mil metros de profundidad. Allá, en el distante fondo, se veía la cinta oscura de un río.

En principio, fue una sensación de intenso terror animal. Imaginaba lo que hubiera sido de ellos si la noche anterior hubieran seguido avanzando alegremente hacia el hondo tajo. El auto oruga habría caído al precipicio, rebotado contra las rocas, deshecho en mil pedazos..., con Kate y él mismo a bordo.

Poco a poco, «El Topo» fue tranquilizándose. La belleza azulada del profundo cañón atrajo su interés por encima de cualquier otro sentimiento. Retrocedió, despertó a Kate y la guió hasta el borde del precipicio.

-No podemos seguir adelante -dijo el hombre, al cabo-. Volvamos por donde hemos venido. Es preciso retornar al refugio para abastecernos de combustible y provisiones.

Al atardecer de ese mismo día, el «Erizo» avanzaba a través de una llanura árida salpicada de altos farallones aislados. Súbitamente se escuchó un rumor lejano que fue aumentando vertiginosamente.

-¿Una nueva plaga de langostas? -exclamó «El Topo», escudriñando las alturas.

Detuvo el vehículo y aguardaron. De repente, de detrás de uno de los farallones surgió una extraña máquina de madera que se movía sobre un tándem sustentado por más de dos docenas de colosales ruedas de madera.

Estupefacto, Larry alzó los prismáticos y contempló la insólita máquina de guerra. El cuerpo central de aquel artilugio tenía la forma de una gigantesca tortuga, cuyo caparazón estaba formado por pesadas losas de granito encajadas entre sí. En la parte central de aquel «caparazón» surgía una alta torre. A izquierda y derecha, se veían dos ballestones de unos quince metros de longitud. En la parte posterior, un gran cajón de gruesas maderas contenía una pequeña montaña de pedruscos.

«El Topo» se preguntó, atónito, cómo podría moverse el pesadísimo artefacto, cuando ante sus ojos asombrados apareció otra máquina idéntica a la primera. Y poco después una tercera.

Aumentó el alcance de los anteojos y volvió a mirar. A través de los huecos, entre una y otra rueda de madera, se movían centenares de piernas humanas.

-Así que, utilizan tracción humana -murmuró, excitado.

Los grandes carruajes que rodaban a unos dos kilómetros de distancia provenían del sur. El suelo trepidaba bajo las colosales moles de las máquinas, cuyos ejes producían espantosos chirridos.

Kate y Larry se contemplaron un momento con estupor.

-¿Quiénes serán esas gentes? ¿Hacia dónde se dirigen? ¿Qué se proponen? -planteó «El Topo», desconcertado.

Su compañera se encogió de hombros. Parecía asustada.

-No tengo idea. Esas máquinas se parecen a viejos artefactos bélicos que vi hace mucho tiempo en las láminas de un libro. Las ballestas que los carruajes llevan instaladas a la izquierda y derecha de la torreta pueden arrojar grandes piedras y otros proyectiles. Según se ve, se disponen al combate. Pero, ¿contra quiénes? -se preguntó Kate.

La respuesta a sus interrogantes llegó minutos después. Los artefactos rodantes habían alcanzado el centro de la dilatada llanura, cuando se oyó un griterío ululante, seguido de un horrísono estrépito metálico.

De los acantilados situados al norte, surgió de improviso una masa de hombres y animales envuelta en una densa humareda amarillenta. «El Topo» miró a través de los prismáticos y contempló, incrédulo, a los más de trescientos jinetes que cabalgaban a lomos de desconocidos y corpulentos animales provistos de largos cuernos.

Pero no fue la visión de los animales lo que asombró a «El Topo», sino las abigarradas piezas de chatarra que componían las armaduras de los desconocidos beligerantes.

Las piezas metálicas que componían sus elementales corazas chocaban entre sí, en la fiebre del galope, y producían un estrépito que hería los oídos.

-Esos animales con largos cuernos... -murmuró Larry,

-Son toros. He visto algunos a lo largo de mi vida, aunque jamás me atreví a acercarme a uno de ellos. Me producían pánico -dijo Kate.

Los insólitos guerreros galopaban a lomos de sus toros en dirección a las máquinas de hierro que provenían del sur. Inevitablemente, el encuentro entre ambas fuerzas iba a producirse en medio de la extensa llanura.

«Van a destrozarse, aunque apenas dispongan de rudimentarios medios ofensivos», pensó «El Topo». Y se preguntó una vez más por qué las criaturas humanas que había conocido -desde que abandonara el refugio subterráneo- se veían siempre dominadas por la destructora ansia homicida.

-Es preciso impedirlo, sea como sea -exclamó en voz alta-. Es inútil derramar tanta sangre en un mundo en el que cabemos todos. ¡Trataré de disuadirles!

Kate le tomó por un brazo.

-Es una locura, Larry. ¿No los ves? Son seres salvajes, incapaces de razonar, de entenderse entre sí. Te lo ruego, mantengámonos al margen -pidió.

Pero «El Topo» puso el vehículo en marcha y lo condujo hacia el punto donde iban a confluir ambos ejércitos. Mucho antes de que llegara allá, unos y otros establecían contacto y se atacaban con terrible violencia.

Multitud de guerreros semidesnudos y de piel tan oscura como la de Kate, corrían ya sobre los caparazones de las máquinas y montaban las ballestas. Enormes pedruscos surcaron el aire y cayeron sobre las huestes montadas sobre bóvidos. Caían los jinetes, aplastados bajo el peso de los proyectiles, gritaban los hombres agónicamente y bramaban las reses en medio del *pandemónium* de chirridos de ejes y entrechocar de los hierros oxidados de las corazas.

Diezmadas en cierta proporción las tropas montadas, retrocedieron y se alejaron hasta cierta distancia, donde se reagruparon en pocos minutos, lejos del alcance de los pétreos proyectiles que arrojaban sobre ellos las ballestas.

Entre tanto, Larry «El Topo» detuvo su auto-oruga blindado a unos doscientos metros de las máquinas de guerra. El «Erizo» fue descubierto al instante por el musculoso jefe que dirigía las operaciones desde la torre del primer carro. Se oyó un grito de aviso y dos de las «tortugas rodantes» giraron hasta encarar al blindado de «El Topo».

Unos segundos más tarde grandes peñascos silbaban al describir una parábola en el aire y caían con gran estruendo a escasos metros del auto oruga.

-¿Lo ves? ¡Nos han tomado por enemigos y se vuelven contra nosotros! -gritó Kate, aterrada-. ¡Vuelve, Larry, aléjate de aquí o uno de esos pedruscos pulverizará tu vehículo! ¡Si caemos en poder de esos energúmenos, puedes imaginarte lo que harán con nosotros!

Una gran mole de piedra fue disparada en ese momento desde una de las máquinas. Justamente en el último segundo, «El Topo» maniobró su vehículo y el pedrusco se deshizo al golpear pesadamente el suelo.

Un instante después, el auto-oruga se alejaba de allí describiendo constantes eses para eludir los numerosos proyectiles que les dirigían los guerreros negros.

Al fin, el «Erizo» se detuvo a distancia de seguridad, a la altura de un farallón de basalto. Larry se enjugó el sudor de su rostro con un trozo de tela.

-¡Uff! -rezongó, decepcionado-. Esos tipos son más tercos y agresivos de lo que imaginaba. Por un momento, he sentido la tentación de empuñar el bazooka y destruir sus absurdas máquinas. Pero aguardemos: la curiosidad me excita. Veamos cómo termina este estúpido combate.

Mientras los guerreros negros atacaban al «Erizo», las mesnadas a lomos de toros enfurecidos habían dado un amplio rodeo y atacaban a las «tortugas» por la retaguardia. Antes de que los centenares de belicosos negros pudieran realizar la maniobra necesaria para encarar con las ballestas a sus atacantes, llegaron en tromba los jinetes acorazados y lanzaron sobre los «caparazones» recipientes de aceite hirviendo y pellas de betún encendidas.

Algunas llamaradas se alzaron sobre las máquinas de madera, mientras se escuchaban los gritos desgarradores de los hombres alcanzados por el aceite hirviendo, muchos de los cuales trataron de escapar a través de los huecos entre rueda y rueda.

Un grupo de jinetes galopó en pos de los fugitivos y los abatieron en un santiamén, atravesándolos con sus pesadas lanzas o golpeándolos con bolas de plomo pendientes de cadenas.

Desde lo alto de su torre, el jefe de los negros lanzaba al aire sus arengas, conminando a los suyos a apagar el fuego y a plantar cara a los guerreros atacantes. Sin embargo, cuando llegó la noche, una de las máquinas de madera y losas encajadas se había convertido en una gigantesca pira.

Los que cabalgaban a lomos de toros embridados se retiraron entonces y desaparecieron en las sombras nocturnas.

Poco después, mientras ardía a vivas llamaradas una de las «tortugas rodantes», los guerreros negros recogieron a sus muertos y heridos y volvieron a retirarse a la protección de sus dos máquinas intactas.

De madrugada, el artilugio rodante se derrumbó sordamente, aunque la hoguera lució durante el resto de la noche.

-Alejémonos de aquí -rogó Kate a su compañero-. Tanto los guerreros negros como los blancos, componen dos grupos irreconciliables que acabarán destruyéndose por completo. Sus problemas y sus odios nos son ajenos, Larry. ¿Por qué hemos de intervenir?

79

El hombre tardó unos minutos en responder. Tras larga reflexión, dijo:

-Porque ellos son como nosotros y tenemos la obligación de evitar que se destruyan entre sí. Ahora, al cabo de tantos días, empiezo a deducir la razón de tantas ciudades arrasadas, destruidas, muertas. Quizá nuestros antecesores, aquellos que desataron la destrucción total, eran mucho más poderosos. Quizá jamás se tomaron unos minutos para reflexionar, discutir o negociar. Yo quiero ser un hombre distinto.

Acarició las mejillas de la mujer y añadió:

-No quiero que te expongas a morir. Vete. Yo aguardaré hasta mañana e intentaré evitar, de cualquier modo, que esos dos bandos se destruyan entre sí.

-¡No! -chilló Kate-. Si te pierdo a ti, mi vida no tiene razón de ser. Seguiré contigo hasta el final.

-Bien. Descansemos ahora. Mañana...

Larry no terminó la frase. Esa noche no hicieron el amor, como acostumbraban. «El Topo» apenas durmió un par de horas, inquieto al pensar en lo que podría suceder a la mañana siguiente.

Con la aurora, los dos bandos reanudaron las hostilidades. Al escuchar el horrísono estrépito metálico que anunciaba la carga de los centauros acorazados, el coloso de piel negra que dirigía las «tortugas sobre ruedas» lanzó un grito belicoso y sus soldados cargaron las ballestas.

-Vamos allá -dijo Larry «El Topo»-. Conduce tú el vehículo -pidió a su compañera, que se situó al punto tras los mandos.

Los pesados artefactos de guerra se habían puesto en marcha impulsados -cada uno- por más de doscientos luchadores negros. A un kilómetro de distancia, galopaban a su encuentro los guerreros de enmarañados cabellos rubios. Su galope era frenético, desenfrenado. Los coraceros azotaban a los toros sañudamente, bramaban las bestias y arrojaban vaharadas de vapor por los ollares.

Aproximadamente a la misma distancia, rodaba a toda velocidad el «Erizo» conducido por una asustada -pero decidida- Kate.

Cuando la distancia de las tres fuerzas que avanzaban hacia el mismo punto de confluencia se redujo considerablemente, Larry «El Topo» abrió una portilla situada en el techo erizado del «Erizo» y se situó allí, empuñando un bazooka.

Los bramidos de las singulares cabalgaduras de los guerreros rubios se mezclaban con los alaridos enardecidos de sus jinetes y los chirridos desacompasados de las «tortugas rodantes». En pocos minutos se produciría el bestial choque. Los negros comenzaban ya a disparar sus temibles ballestas, cuyos proyectiles podían aplastar fácilmente a varios jinetes. Los del bando contrario portaban sobre andas calderas de grasa hirviente, con las que abrasarían a sus rivales y prenderían fuego a sus fortalezas de madera...

Muchos jinetes se estrellarían con sus cabalgaduras contra las máquinas. También morirían abrasados docenas y docenas de luchadores negros.

En aquel momento, Larry «El Topo» disparó por primera vez su bazooka. La granada estalló entre las dos fuerzas contendientes y produjo una explosión ensordecedora. Se produjo una segunda explosión. Y una tercera...

El tropel de jinetes se desbandó al instante. Las bestias, espantadas, clavaban sus pezuñas en tierra y arrojaban a los guerreros por encima de sus afilados cuernos. Rodaban animales y hombres, se expandía el pánico, a pesar de que «El Topo» había apuntado deliberadamente a tierra de nadie, sin causar ni una sola baja.

Cundió el desconcierto entre ambos bandos. A los estallidos y detonaciones de las granadas deflagrantes, las «tortugas rodantes» se detuvieron, espantados los hombres que las impulsaban.

Se produjo una pausa. Las fortalezas de madera se habían inmovilizado y los del bando contrario se esforzaban en recuperar sus salvajes cabalgaduras, mientras un hombre gigantesco, de largos cabellos rubios, llamaba a sus huestes a gritos en medio del campo de batalla.

El «Erizo» rodó a buena velocidad y se detuvo bruscamente entre los dos ejércitos. El vehículo giró en circunferencia cerrada, mientras Kate y «El Topo» observaban a las dos formaciones.

Luego Larry descendió del auto oruga, empuñando firmemente su metralleta. -¡¡OÍDME!! -gritó con voz estentórea. Los que se hallaban a su izquierda se esforzaban en dominar a los toros embravecidos. A la derecha, los artilleros negros contemplaban al extranjero y su raro vehículo con atención desmesurada.

El jinete de los cabellos rubicundos llegó junto a «El Topo» en una rápida galopada. Sus guedejas rojizas asomaban bajo un caso de acero. Debía poseer un vigor de titán para soportar las gruesas planchas de hierro que componían su rústica armadura.

Caminando a largos pasos se acercó un hombre de piel negra. Era tan alto como su antagonista y exhibía una musculatura propia de un gladiador.

-Soy Jackson, al que llaman «El Negro» -pronunció el hercúleo individuo con voz grave y autoritaria.

-A mí me llaman Clyton «El Salvaje» -se presentó el de los cabellos rojizos-. ¿Quién te ha invitado a intervenir en este combate, extranjero?

-¿Extranjero? -exclamó Larry, sin perder la calma-. Todos hablamos la misma lengua, por tanto aquí no hay ningún extranjero.

Jackson «El Negro» asintió con lentas cabezadas. Clyton «El Salvaje», por su parte, contemplaba el auto-oruga con estupor y curiosidad.

-Yo soy Larry «El Topo» -declaró el compañero de Kate-. No busqué ese apodo deliberadamente, pero lo he asumido por completo. Estoy aquí para evitar que os exterminéis en un combate bárbaro e inútil. Ya ha llegado la hora de que hombres y mujeres se unan para el bien de todos. Como habéis comprobado, dispongo de poderes suficientes para disuadiros. Os propongo una tregua a los dos, Clyton «El Salvaje» y Jackson «El Negro». ¿Puedo preguntaros por qué os enfrentáis a muerte?

Las facciones del coloso de color se fruncieron. Sus ojos oscuros chispeaban de cólera y odio.

-Ellos poseen nutridos rebaños de reses y pueden alimentarse con su carne, pero Clyton «El Salvaje» se niega constantemente a compartir con nosotros sus alimentos. Los míos se ven obligados a comer hojas y raíces. Ellos disponen también de abundantes metales con los que construir armas y

herramientas, pero son egoístas e inhumanos: nos rechazan reiteradamente cada vez que intentamos tomar un poco de sus riquezas -lanzó su acusación el titán negro.

El rostro de Clyton se encendió.

-¡Ellos dominan un anchuroso valle, boscoso y verde, donde abundan los manantiales y la madera que necesitamos para construir nuestras viviendas! Por el contrario, en virtud de su insolidaridad, nos vemos obligados en guarecernos en cuevas, como las alimañas -respondió el corpulento guerrero.

Larry «El Topo» reflexionó unos instantes. Advertía que, por el momento, poseía autoridad sobre aquellos hombres indómitos, bien fuera por su demostración de fuerza o por otras razones.

Finalmente, alzó ambas manos y dijo:

-No veo por qué habéis de pelear a muerte. ¿No sería más razonable que vuestras dos tribus compartieran los tesoros que cada una de ellas posee? Tú, Clyton, podrías regalar un toro y varias vacas a Jackson, que las criaría fácilmente en su valle. En compensación, Jackson permitiría que los de la otra tribu se aprovisionaran de agua y madera de su valle. Por mi parte, estoy dispuesto a ayudaros con todas mis fuerzas.

-¿Por qué? -clamaron a dúo los dos jefes.

-Porque soy una criatura humana como vosotros, porque estoy harto de contemplar destrucción y muerte por doquier. Sólo por eso -respondió.

Mientras Jackson y Clyton consideraban las palabras de «El Topo», éste sacó un libro de su bolsillo.

-Oídme -pidió. Cuando obtuvo la atención deseada, añadió-: A gran distancia de estas tierras, poseo un refugio subterráneo en el que se almacenan gran cantidad de provisiones. Para terminar con vuestras disputas, yo podría aumentar a todos vosotros durante muchos meses. Pero en el momento en que los alimentos se terminaran sería terrible y la desesperación volvería a enfrentarnos. Este libro que tengo en las manos es un manual de agricultura y ganadería, y lo encontré en una de esas ciudades arrasadas.

-¿Agricultura, ganadería...? ¿Qué es eso? -exclamó Jackson «El Negro».

-Aquí se dan las normas para obtener buenas cosechas cada año, para mejorar la raza de vuestro ganado y aumentar la producción de leche...

-¿Qué es *leche?* -gruñó el tosco Clyton «El Salvaje».

-Uno de los productos de las vacas. ¿Vosotros no bebéis leche? -inquirió «El Topo»..

Antes de que Clyton moviera furiosamente la cabeza en sentido negativo, Larry sospechaba su respuesta.

-Pues bien -dijo «El Topo» con voz serena-, en este libro está vuestro futuro. Si accedéis a romper las hostilidades, yo os ayudaré. Construiré para vosotros máquinas con las que podréis roturar vuestros campos, carros en los que transportar materiales y útiles. Os entregaré también una provisión de víveres, con los que podréis alimentaros hasta que recojáis vuestras próximas cosechas. Si estáis de acuerdo, estrechaos las manos y prometed que no volveréis a enfrentaros.

La atención de todos estaba concentrada en la persona de Larry «El Topo». Los toros se habían amansado y sus jinetes escuchaban a Larry religiosamente. Otro tanto ocurría con los guerreros negros, que permanecían en lo alto de sus fortalezas.

Clyton «El Salvaje» y Jackson «El Negro» se miraron fijamente. La actitud de ambos se había ido dulcificando a medida que «El Topo» exponía sus razones. Al cabo, Clyton lanzó una formidable carcajada y ofreció ambos brazos al coloso negro y los dos jefes se fundieron en un prieto abrazo. Luego se separaron.

-Me permitirás talar cuanta madera necesite para nuestras viviendas de la montaña -exigió, enarbolando su robusto brazo, Clyton.

-Y tú me entregarás las vacas y uno o dos sementales -respondió Jackson.

-Sí, pero permitirás que mi manada paste, de cuando en cuando en tu valle -especificó el hombre de la coraza.

-De acuerdo. Tú me entregarás hierro suficiente para construir mis herramientas -dijo Jackson «El Negro», sonriente.

La escena era contemplada, desde el «Erizo», por una asombrada Kate. La mujer se resistía a creer lo que veían sus ojos y lo que escuchaban sus oídos.

Superado el miedo, Kate descendió del vehículo y vino a reunirse con su compañero.

-Os presento a Kate -anunció «El Topo» a los dos jefes-. Mi mujer os ayudará con idéntica fe que yo. Ella es sabia, prudente y razonable.

Jackson «El Negro» se acercó a grandes zancadas y contempló a Kate con asombro.

-¡Es..., es igual que yo, que los míos! ¡Tu mujer tiene la piel negra también! -exclamó, regocijado como un niño.

-Sí, pero, ¿qué importa el color de la piel? Todos pertenecemos a la misma raza -expresó Kate-: La raza humana.

Clyton se acercó también. En un impulso incontenible, abrazó a Larry «El Topo» y estrechó con precaución las manos de Kate.

-Hemos perdido largos años peleándonos, enfrentándonos a muerte -declaró solemnemente-. Ahora, gracias a ti, Larry «El Topo», los de la tribu de Jackson y la nuestra seremos amigos... ¡He decidido matar unos bueyes en tu honor, en honor de tu compañera! Organizaremos un banquete para celebrar este acto.

-No seré yo menos -dijo Jackson «El Negro».

Lanzó uno de sus gritos estentóreos y al momento sus guerreros descendieron de las máquinas de guerra y trajeron grandes cestos llenos a rebosar de magníficos frutos y grandes peces desecados.

Larry sonrió, satisfecho.

-También nosotros participaremos con nuestros regalos en el festín -prometió.

Mientras Clyton «El Salvaje» se alejaba hacia los suyos para ordenar el sacrificio de los bueyes, Larry y Kate subieron al «Erizo» y acarrearon gran cantidad de alimentos en conserva y un cajón de botes de zumos de diversas frutas.

Hacía el mediodía, varias hogueras ardían en mitad de la llanura y el rico aroma de la carne asada se expandía en el ambiente. Los guerreros de Clyton formaban un semicírculo alrededor de las hogueras. Frente a ellos, unos cuatrocientos hombres de raza negra, se sentaban en el suelo completando el círculo.

Larry hubiera preferido que todos, blancos y negros, se mezclasen entre sí, e hizo un comentario en este sentido al oído de Kate, la cual rió de buena gana y respondió en un susurro:

-Ya has conseguido bastante, hombre temerario. Los que hace unas horas se acometían a muerte, se disponen ahora a compartir la comida. ¿No te parece suficiente, por el momento?

«El Topo» asintió con una sonrisa placentera.

Fue entonces cuando se acercó a ellos el gigantesco Jackson «El Negro», el cual había permanecido largo rato observando la estructura del «Erizo». Desconcertado, Jackson se sentó junto a ellos:

-Lo que no entiendo, amigo mío, es dónde escondes a los hombres que empujan ese formidable carruaje metálico.

Kate y Larry se miraron, divertidos, sin saber qué responder. Al fin no pudieron contener la carcajada y rieron con todas sus fuerzas, mientras Jackson, desorientado, dirigía furtivas miradas al auto-oruga y se mesaba la espesa cabellera rizada.

8

Algunos días más tarde, Larry «El Topo» y su compañera emprendieron el viaje hacia el norte.

Al cabo de una semana llegaron al refugio. Descendieron, apartaron las ramas con las que Larry había cubierto el respiradero, apartaron los cables y descendieron. A oscuras, pues el combustible que alimentaba la planta electrógena se había terminado y los motores habían enmudecido.

-Nada importante -dijo «El Topo» a su compañera-. Conozco este reducto como la palma de mi mano. Aguarda unos minutos aquí. En seguida lucirá la luz.

La dejó en una de las estancias y se apartó de ella. Cargó combustible en dos grandes depósitos y ascendió a oscuras hasta la planta electrógena. Un momento después el silo se veía inundado de luz.

Durante los días siguientes, Kate y Larry se afanaron en construir aperos, herramientas y utensilios. «El Topo» llevaba en su pensamiento la idea de cargar con todo lo que el auto-oruga pudiera transportar.

En su fuero interno, Larry había decidido que Kate y él se integrarían en la nueva sociedad formada por los negros de Kackson y los blancos de Clyton.

El día en que debían partir de nuevo hacia el sur, Larry se dirigió a aquella estancia que había prometido no visitar jamás: el hipogeo donde se hallaban las momias de las personas que habían convivido con él en el silo subterráneo.

Descorrió el cierre, empujó y entró.

Al final de la hilera de inmóviles cadáveres recostados se hallaba «Mommy» Sebley, la mujer que le había cuidado hasta el último suspiro. Larry la contempló con estupor: el rostro de «Mommy» tenía el mismo aspecto que el día que le abandonó para siempre. Sus cabellos níveos caían en sedosas crenchas sobre las sienes, los párpados tenían el mismo tono marfileño y sus labios conservaban el color.

La tocó con emoción y ternura. Las mejillas de «Mommy» tenían la frialdad de la muerte, pero al tacto eran suaves y frescas como las de una persona viva.

Arrodillado ante ella, murmuró:

-Ya me voy, «Mommy». Un día me atreví a salir de aquí y descubrí la vida, con toda su belleza y su miseria, con todo su tremendo atractivo y su violencia. Encontré hombres como bestias, de los. cuales tuve que defenderme a vida o muerte, pero también halle a Kate, mi compañera, una mujer tan dulce y femenina como tú misma. Junto a ella y mis nuevos amigos, pienso continuar viviendo en paz. Adiós para siempre, querida «Mommy».

Sin experimentar temor ni escrúpulo, besó ambas mejillas de la anciana Sebley. Luego se incorporó lentamente y retrocedió. La puerta quedó herméticamente cerrada tras él.

Corrió a reunirse con Kate. En la superficie les aguardaba el «Erizo» cargado hasta los topes. Y también la luz esplendente, la libertad, los bosques, los ríos, los desiertos y montañas.

Kate permanecía sentada al borde del lecho. Parecía transida de dolor.

-¡Kate! -clamó él, conmovido-. ¿Te sientes bien?

Ella alzó la mirada. Su rostro tenía un tono ceniciento.

-No es nada. Un malestar pasajero. Sentí un mareo... Quizá me sentó mal la comida -respondió.

Larry la tomó en sus brazos con ternura.

-Nos quedaremos aquí un día o dos más. Hay algunas medicinas. Tal vez necesites algún remedio -propuso el hombre.

Pero Kate sonrió animosamente.

-¡No, no! Subamos. Ya me siento mejor.

Larry la ciñó por la cintura y ascendieron la escalera hasta el respiradero. Subieron la escala y saltaron fuera. Como en otras ocasiones, Larry cubrió el acceso con ramas y piedras.

«No sé por qué hago esto», pensó, «puesto que no pienso volver aquí jamás».

Subieron al «Erizo». Larry puso el motor en marcha y el vehículo se deslizó entre los árboles, hacia el sur.

89

A las pocas horas, Kate se había recuperado por completo y sonreía del mejor humor.

-Empiezo a sospechar las causas de aquel mareo -comentó ella, enigmática. -¿Qué causas? -preguntó él, atento. -No te lo diré todavía..., hasta estar segura -contestó Kate con una sonrisa picara.

Llegaron a la tierra prometida cuando el otoño coloreaba de rojo y amarillo las hojas de los árboles. Al atravesar la llanura donde se habían enfrentado ferozmente las huestes de Jackson «El Negro» y las de Clyton «El Salvaje», un pensamiento inquietante pasó por las mentes de ambos... ¿Habrían vuelto a pelear las dos facciones?

Bajo el peso de la incertidumbre, atravesaron la llanura flanqueada de altos farallones y desembocaron en un valle profundo y verde.

Escucharon en seguida voces humanas y el estrépito de unas hachas que talaban grandes árboles. De pronto estalló un griterío y los recién llegados se vieron rodeados por una gran muchedumbre, a cuya cabeza estaban Clyton y Jackson.

-¡Bien venidos, amigos! -fueron saludados con júbilo-. Hemos estado esperándoos con impaciencia.

Descendieron y estrecharon las manos de hombres y mujeres de las dos razas, que se acercaban a saludarles sin disimular su alegría. Al fin, tornó la calma. Jackson y Clyton les informaron que llevaban largos días talando árboles para construir nuevas viviendas.

-Hemos decidido establecer un gran poblado en este valle -dijo Jackson «El Negro»-. ¿Para qué asentamientos distintos para cada tribu? Unidos podremos rendir más en nuestro trabajo y defendernos de nuestros enemigos. Lamentablemente, como ves, nuestras herramientas son muy pesadas y toscas.

Según pudo apreciar Larry, utilizaban simples pedazos de hierro atados con cuerdas y afilados con una piedra.

-Yo os traigo nuevas herramientas -anunció «El Topo»-. Os ayudaré a construir vuestras casas.

Entregó hachas y sierras perfectamente afiladas a los hombres y se marchó con ellos al bosque como un trabajador más, mientras Kate quedaba en compañía de las mujeres, que la habían acogido con curiosidad y atención.

En seguida se oyó en el bosque el rumor rítmico de las sierras y los golpes poderosos de las hachas. Negros y blancos trabajaban codo con codo, riendo, bromeando, entonando cánticos..., ¡viviendo!

Durante los primeros días, Larry «El Topo» dirigió la construcción del poblado, que se levantaría en la ladera boscosa, muy cerca de un manantial fácilmente canalizable.

Las casas eran sólidas, resistentes y amplias, construidas sobre pilotes que las aislarían de la humedad del suelo. Los hombres de Clyton y Jackson aprendieron pronto la técnica y Larry se dedicó -con otros hombres- a construir varios carros.

Los negros guardaban cierta cantidad de grano en un silo de barro seco. Larry propuso a Jackson «El Negro» que sembraran las porciones de trigo y maíz que habían recogido penosamente de las tierras situadas a orillas del río.

-Es la época adecuada, según el libro que os mostré -dijo Larry-. Si no lo hacemos ahora perderemos la próxima cosecha.

Jackson se resistía. Argüía que aquella simiente le pertenecía y que Clyton y los suyos debían compensarle de algún modo. Una docena de vacas sería suficiente.

Larry lanzó una carcajada.

-Creí que ahora íbamos a compartirlo todo: el trabajo, los esfuerzos, las cosechas y los productos de la ganadería. Pero ya veo que aún seguís disputando. Si no os ponéis de acuerdo, Kate y yo iremos a vivir lejos de vosotros -amenazó.

Esta advertencia fue suficiente para que terminaran las divergencias. Numerosas yuntas de bueyes arrastraron los arados que «El Topo» había construido en el refugio subterráneo. Las mujeres, Kate entre ellos, sembraron los cereales, mientras los hombres avanzaban en la construcción de las viviendas.

Uno de aquellos días de otoño, Kate se desplomó sobre la tierra recién labrada. Las mujeres la tomaron en brazos, la llevaron al poblado y enviaron aviso urgente a «El Topo», que acudió a la carrera.

Kate vomitaba en el suelo, sudoroso y transido el semblante. Pero cuando vio venir a Larry y le halló tan abatido, sonrió valerosamente.

-No tienes que preocuparte -dijo-. Es natural que vomite. Voy a tener un hijo.

Larry desorbitó los ojos.

-¿Un hijo tuyo..., y mío? -exclamó incrédulo.

Las mujeres prorrumpieron en carcajadas burlonas. Luego Kate pidió a todas que salieran y se abrazó a su compañero.

-Sí, Larry: un hijo de los dos, tuyo y mío. Es lo corriente cuando dos personas jóvenes y saludables, de distinto sexo, se unen en el amor -le confió.

Una excitación intensa se apoderó de Larry a partir de aquel momento. Cuidaba amorosamente a Kate, impedía que hiciera el menor esfuerzo y consultaba secretamente a las otras mujeres.

Entre tanto, progresaban a buen ritmo las distintas obras. Cada familia disponía de un refugio seguro y amplio, cuadrillas de hombres talaban y recogían leña para el invierno, que transportaban hasta el poblado en los carruajes tirados por bueyes. Otros hombres construían galpones para el ganado, que todavía pastaba pacíficamente en las praderas próximas al río.

Fue un otoño lluvioso y templado. Las tierras sembradas se cubrieron de verde: la próxima cosecha estaba asegurada.

Al fin llegó el invierno con las primeras tormentas y el valle se cubrió de nieve. La mayor parte del tiempo, hombres, mujeres y niños la pasaban al tibio cobijo de sus hogares. Pero algunos días los hombres salían de caza, aunque no había mucha.

Veinte o treinta hombres subían al «Erizo» que Larry cuidaba como un tesoro. Sobre los parajes nevados era fácil descubrir los rastros de la caza. Un día descubrieron un toro salvaje y Clyton lo abatió de un certero lanzazo.

Jamás «El Topo» utilizó sus armas de fuego para cazar. Las conservaba como prevención por si algún día tenían que defenderse con ellas. Entre tanto, lo más sensato era que los hombres del populoso clan aprendieran a valérselas con los medios a su alcance: lanzas, arcos y flechas, cepos y lazos.

Poco a poco transcurrió el invierno y llegó la primavera. El vientre de Kate se había abultado tanto que apenas le permitía desplazarse de un lado a otro de su hogar. Sus amigas la cuidaban y la mimaban. Diariamente le traían leche, pues Larry había enseñado a los pastores cómo ordeñar las vacas.

El sol de primavera derritió las nieves y permitió contemplar los verdes campos poblados de cereales frondosos.

Una tarde, «El Topo» volvía de caza con sus amigos, cuando escuchó un vagido al penetrar en su casa.

Kate estaba en la cama, rodeada por tres mujeres. Entre sus brazos, Kate

cobijaba un pequeño y tibio rebujo.

-¡Kate! -exclamó el hombre, entre temeroso y esperanzado.

Ella le dirigió una sonrisa tierna y amorosa.

-Larry: he aquí a nuestra hija-pronunció, mostrándole la carne rosada y palpitante que cobijaba sobre sus senos.

Era una preciosa criatura de mejillas de terciopelo y oscuros cabellos tan rizosos como los de Kate. La piel de la niña era blanca, pero sus facciones y sus cabellos pertenecían por completo a Kate.

Larry tomó a su hija en brazos, dominado por la emoción.

-¿Cómo la llamaremos? -preguntó.

-Se me ha ocurrido que Hope sería un bonito nombre. ¿Qué te parece?

-¡Hope! ¡Esperanza! -exclamó el hombre, excitado-. ¡Sí, sí, me parece un nombre maravilloso y adecuado! Así, pues, la llamaremos Hope de aquí en adelante.

La cosecha estaba próxima. El hambre no obligaría aquellos hombres y mujeres a pelear a muerte para sobrevivir. Mucho tiempo atrás, unos hombres fanáticos habían destruido el mundo y los supervivientes habían vuelto a la Prehistoria. Ahora, para los que habitaban el valle alentaba de nuevo la Esperanza...

FIN